

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasicismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia –el partido de clase–, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquerío personal y electoralesco, contra toda forma de indiferentismo, seguismo, movimentismo o aventurismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clásica del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

Nº 37
Enero 2026

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Crisis burguesa y crisis proletaria

Desde el comienzo de la crisis capitalista de 2008 en España hasta hoy una cosa resulta evidente: la crisis económica no sólo dio lugar a un fortísimo desequilibrio *temporal* en el que los capitalistas, grandes y pequeños, lucharon entre sí (a la vez que todos ellos contra el proletariado) para mantener su cuota de beneficio cuando éste parecía esfumarse ante los ojos de todos. Más allá de esta situación, que se ha resuelto como es bien visible para todo el mundo con un robustecimiento de las tendencias a la concentración y a la centralización de la gran empresa y con una consiguiente destrucción de buena parte del tejido empresarial de pequeño y mediano tamaño, pero dependiendo directamente de ella, se ha instalado un desequilibrio *permanente* en los terrenos político y social que marca hoy la vida del país.

Es conveniente, en primer lugar, señalar que la existencia de este desequilibrio y su origen en la crisis económica de 2008-2012 y en la de 2020 causada por la pandemia mundial, no significa que la crisis capitalista no haya sido superada. En efecto, el desconocimiento de los rudimentos básicos de la economía marxista, lleva a observar los fenómenos del mundo capitalista con un prisma que no permite captar correctamente la realidad y que lleva a adoptar clichés y lugares comunes para tratar de explicar el curso de los acontecimientos. Así, se ha vuelto un lugar común para multitud de grupos pretendidamente marxistas (y, peor aún, que se reclaman de la Izquierda Comunista de Italia... sin tener nada que ver) hablar de una especie de crisis económica permanente que, a lo largo de casi veinte años, se habría consolidado como toda una época de la historia económica moderna. Pero la realidad marcha por otros derroteros y la confirmación que aporta a la economía marxista, que es a la vez herramienta de análisis y arma de combate en tanto explica el presente capitalista de la misma manera que garantiza su futura defunción, no se da en el terreno de un ilusorio estado de crisis per-

manent (que no sería sino un remedio «izquierdista» del fantasioso equilibrio capitalista que pregonó cualquiera de las escuelas económicas burguesas) sino en la demostración de que ni siquiera en los períodos de relativa bonanza económica las clases sociales pueden vivir en paz y que, más allá de esto, la amenaza de una nueva crisis más fuerte y salvaje que la anterior las empuja a recrudecer la lucha entre ellas.

La crisis de 2008-2012 agrietó de manera definitiva el edificio político que había erigido la burguesía española desde comienzos de los años '70, haciendo saltar los goznes que mantenían relativamente firme la estructura.

El primero y más importante de los hitos de este proceso fue el renacer, con una fuerza que apenas se recordaba, del «problema catalán». Pocos podían pensar, por ejemplo en 2007, que tan sólo una década después el gobierno autonómico de Cataluña fuese a declarar la independencia de la región. Síntoma inequívoco del extremo debilitamiento de uno de los elementos fundamentales de la estructura constitucional vigente desde el fin del régimen de Franco: la inclusión de las burguesías vasca y catalana, a través del reconocimiento de un régimen especial de autogobierno, en el Estado. A la tradicional reivindicación del regionalismo catalán, que desde Cambó vio en la falta de ministros catalanes el reflejo de la infravaloración de su región en el gobierno del conjunto del país, la burguesía de 1978 respondió diseñando una estructura expresamente concebida para otorgar peso a las clases burguesa y pequeño burguesa a través del sistema de las autonomías y de un ordenamiento electoral que permite la formación de minorías regionales decisivas en el Parlamento. Como cualquier ficción de orden en un mundo, el burgués, que por definición es caótico y contradictorio, el ensamblaje autonómico que debía contener dentro de los límites del Estado las tendencias centrífugas vasca y catalana se convirtió,

1935-2025

A noventa años de la fundación del Partido Obrero de Unificación Marxista

En 2025 se cumplieron 90 años de la fundación del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Aunque el POUM no fue un actor decisivo en el curso de la lucha de clase del proletariado español durante el periodo trágico de 1931-1937, tanto la represión ejercida contra el partido y contra sus principales líderes por el Gobierno republicano (1) como la interpretación de su actuación en 1936 y 1937 como una supuesta oposición a los designios estalinistas de la Internacional de Moscú, lo han convertido en un referente histórico que revela el verdadero peso de la contrarrevolución mundial capitaneada por la burguesía, fascista y democrática, y por sus aliados socialdemócratas y estalinistas.

Para el marxismo revolucionario, para la Izquierda Comunista de Italia entonces -en cuyas publicaciones ya podía leerse una crítica totalmente rigurosa hacia el POUM- y para nosotros hoy, el valor histórico del POUM es esencialmente negativo, porque muestra, con un ejemplo práctico y trágico, la profundidad de la contrarrevolución y la imposibilidad de salir de ella, en particular de «construir» el partido de clase, siguiendo un criterio voluntarista y veleidoso. El POUM no significó un hito en la lu-

(sigue en pág. 12)

EN EL INTERIOR

- Curso del imperialismo: Algunos datos sobre la economía española.
- América Latina, en el centro del huracán.
- No a la agresión estadounidense contra Venezuela!
- Rusia en la gran revolución y en la sociedad contemporánea.
- Chile: Medio siglo después, un partidario del golpe de Estado de Pinochet asume el poder democráticamente.
- Represión estatal, nacionalismos e independencia de clase (A propósito de la «cuestión de la Cabilia»).
- El combate contra la discriminación y el racismo anti inmigrantes, terreno esencial de la lucha de clase proletaria.

(sigue en pág. 2)

Crisis burguesa y crisis proletaria

(viene de la pág. 1)

cuando las exigencias de esta última, en términos de fiscalidad (la gran cuestión del Estado burgués contemporáneo), fueron rechazadas por una burguesía central que necesitaba, imperiosamente, cada euro de cada región de España para mantener el orden común mínimo. El ciclo del conflicto es sobradamente conocido y no es necesario repetirlo aquí. Basta con señalar que de 2011 a 2019 el riesgo de ruptura institucional entre Cataluña y el resto de España reflejó la ruptura que sí tuvo lugar en términos políticos y sociales y que esta ruptura está en el centro de buena parte de los cambios políticos, institucionales, etc., que posteriormente han aparecido como reacción ante las tendencias centrífugas catalanas o como intentos de reconducirlas.

¿Se ha restablecido el orden en Cataluña? Es más correcto decir que se ha establecido un nuevo orden *partiendo de Cataluña*. Por un lado, se ha consolidado un bloque electoral sustentado en las fuerzas nacionalistas vasca y catalana aliadas con el PSOE y sus satélites contra la derecha nacional (a la que en numerosas ocasiones, como en 1996, habían apoyado). El objetivo de este bloque no es de grandes miras y simplemente se limita a favorecer las exigencias concretas, circunstanciales, de las burguesías vasca y catalana contra cualquier tendencia contraria, pero si no hay grandes cambios puede llegar a cerrar el acceso al poder a parte de la derecha nacional durante muchos años. Por otro lado, sí que se ha realizado un gran cambio en sentido descentralizador porque, en lo fundamental, se ha aceptado el concierto fiscal catalán que estaba en el centro de las exigencias nacionalistas de 2012 que dieron lugar al célebre *Procés*. Con este sistema de cupos similar al vasco o al navarro, se avanza hacia un orden confederal porque se consolida una «excepción» catalana que no será revocada y que, como ha sucedido con el

régimen autonómico en general, puede extenderse a otras comunidades autónomas poniendo en riesgo el orden constitucional, desde su ámbito fiscal hasta el político. Finalmente, esta situación ha constituido la principal línea de ruptura de la derecha nacional tradicional y ha forzado la aparición de una corriente de extrema derecha que vuelve a levantar la bandera de la unidad nacional para llamar a la lucha contra las ventajas que van logrando la burguesía vasca y catalana.

La tensión sobre este aspecto de la vida política y social española volverá a resurgir con fuerza cuando una nueva crisis económica recrudezca otra vez la competencia inter-burguesa, momento en el cual el equilibrio actual logrado a base de un sistema de ventajas y desventajas se convertirá, súbitamente, en una fuente de desequilibrio ampliado y en un arma en la guerra de competencia que se volverá a desencadenar.

El segundo gozne que saltó en los años inmediatamente posteriores a 2008 fue el orden tradicional del sistema de partidos. Más allá de las particularidades autonómicas o de las minorías nacionalistas consolidadas en el Congreso, el sistema electoral español se diseñó, coherentemente con lo que existe en todos los países capitalistas desarrollados, para establecer un sistema de turnos entre la izquierda y la derecha, con un pequeño espacio para el Partido «Comunista» (y posteriormente para su plataforma electoral, Izquierda Unida). Este sistema se sostén básicamente porque las clases pequeñas burguesas de las ciudades pequeñas y los pueblos (es decir, de los lugares donde la polarización entre proletariado y burguesía aparece más atenuada) tienen un peso electoral desproporcionado respecto a su importancia numérica y porque se contaba con el hecho de que estas mismas clases sociales, pero en las grandes ciudades, se inclinarían por una u otra opción bipartidista siendo capaces de arrastrar tras de sí el, menos relevante, voto proletario.

La crisis de 2008-2012 trajo consigo la ruptura de este equilibrio porque en las grandes ciudades buena parte de esa masa pequeño burguesa rompió con la opción de la izquierda bipartidista y favoreció la aparición de corrientes ajenas al turno habitual. La fórmula que tomó esta ruptura fue el llamado *populismo*, una suerte de «partidos del malestar» que mientras que mantenían las miras de la pequeña burguesía y el proletariado puestas en el juego democrático y en la solidaridad nacional como único objetivo legítimo, basaban su fuerza simplemente en recoger la tensión social existente y airarla, sin un fin explícito, excepto la victoria electoral y unas vagas promesas de «restablecer el contrato social».

Existen dos períodos bien definidos de este auge populista, pero el signifi-

cado político de ambos es exactamente el mismo. En un primer momento, *Podemos* y sus aliados locales. Un populismo «de izquierdas», que defiende las grandes «alianzas» entre la burguesía y el proletariado que caracterizaron la segunda postguerra europea como su modelo social. Su gran contribución fue revivir a un Partido Socialista prácticamente hundido y reforzar el sistema bipartidista por este lado. En un segundo momento, de manera más difusa toda vez que la tensión social que manifestaba el proletariado en los primeros años de la crisis ya ha desaparecido, tenemos un populismo «de derechas» encabezado por Vox y las facciones del Partido Popular que representan a esas mismas clases medias, sus aspiraciones y objetivos, que en su momento representó Podemos. Más allá de las estridencias retóricas de uno y otro lado de la bancada parlamentaria, ambas corrientes representan exactamente lo mismo y nacen exactamente de las mismas clases sociales: se trata de un malestar que recorre el cuerpo social de la pequeña burguesía, lanzada a una guerra sin cuartel contra ella misma, contra la gran burguesía y contra el proletariado, y que en ningún caso sobrepasa las exigencias características de esta guerra, es decir, pequeñas reformas con las que, por otro lado, busca seducir a la clase proletaria para que se ponga de su lado.

La crisis burguesa, que es la característica que define estos años, muestra las dificultades que la clase dominante tiene para hallar un equilibrio que le permita no tanto controlar y explotar al proletariado (algo que, ahora mismo, no está puesto en duda) sino apaciguar las tendencias centrífugas y hostiles entre sí que han surgido en su seno. La famosa «crispación», la «polarización», etc. no son otra cosa que el reflejo de este desequilibrio que se ha instalado en su seno y que se ensambla con un curso de los acontecimientos mundiales que lo reafuerza y acelera. No es una crisis que ponga en cuestión el dominio social de la burguesía. Tampoco se trata de una «lucha entre facciones», algo que se correspondería con una situación mucho más desarrollada en este sentido. Pero sí que es un indicador de que los tiempos por venir lo harán cargados de unas tensiones sociales crecientes que requerirán de fortísimas convulsiones para solucionarse.

Y... ¿CUÁL ES EL PAPEL DE LA CLASE PROLETARIA?

La crisis de la sociedad burguesa se superpone a una crisis generalizada de la clase proletaria que se manifiesta en el terreno político y organizativo. La manifestación más evidente de esta crisis la tenemos precisamente en lo sucedido durante las últimas dos décadas. Mientras la burguesía ataca sin piedad las condiciones de vida de los trabajadores, reduciendo las prestaciones sociales,

Dónde puedes encontrar ‘EL PROLETARIO’

La Rosa de Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj
08001 - Barcelona

Librería ANTI liburudenda
Maiatzaren Biko Kalea, 2,
Ibaiondo, 48003 - Bilbao

Enclave de Libros
C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

hundiendo los salarios, empeorando drásticamente las condiciones laborales, etc... la clase proletaria fue incapaz de ir más allá de algunas respuestas esporádicas y sumamente limitadas. Después de la crisis, llegó la pandemia de Covid y las medidas de «control sanitario» aplicadas por la burguesía de todos los países. Mientras decenas de miles de personas morían por un virus que, de haber contado con los recursos sanitarios adecuados, no habría tenido más impacto que una gripe estacional, un *lock out* generalizado mandó a millones de proletarios al paro, reduciendo drásticamente sus condiciones de subsistencia a mínimos propios de épocas de guerra. El propio gobierno PSOE-Podemos impuso un sistema de regulación del desempleo (los célebres ERTEs de fuerza mayor) que obligaban a los proletarios a ceder a las empresas y al Estado el 30% de su salario. A la vez que sucedía esto, se militarizó cualquier aspecto de la vida social. Se forzó a los trabajadores a aceptar situaciones inhumanas mientras se les aterrorizaba con una propaganda mediática continua para que aceptasen este amargo trago. De nuevo la respuesta, más allá de los conatos de huelga en los primeros días de la pandemia, fue prácticamente nula.

Esta es la verdadera crisis social de nuestra época: una clase proletaria completamente dominada por el oportunismo político y sindical y tan habituada a la política de colaboración entre clases que, cuando es la propia burguesía la que rompe con esta y le fuerza a aceptar una situación de degradación inédita en las últimas décadas, su capacidad de reacción, es decir, de lanzarse a la lucha en defensa de sus condiciones de vida, por medios y métodos clasistas... parece haber desaparecido.

Sobre el terreno inmediato, en el que la clase proletaria debería batirse para defender sus condiciones de vida más concretas, aquellas vinculadas al salario, a la duración de la jornada laboral, a las muertes en los puestos de trabajo, etc., las largas décadas de paz social unidas al entramado jurídico-legal que la burguesía ha tejido ayudada por sus aliados políticos y sindicales «sobreros», parece haber aprisionado al proletariado en una tela de araña de la que no es capaz de salir: tan pronto el impulso a la lucha aparece, da la impresión de que la fuerza comienza a desvanecerse entre mil argucias legales, compromisos, confianzas indebidas en cualquier resort judicial que se presenta como nuevo, gestos simbólicos, etc. Y, después de esto, si acaso algún grupo de trabajadores permanece con la energía suficiente para continuar la lucha, ya libre de cualquier ilusión de conciliación espontánea, su enemigo de clase cuenta con tanta fuerza que es capaz de descabezarlo sin miramientos y sin apenas resistencia. Esta ha sido la dinámica de las últimas décadas y pocos son los casos que han es-

capado a ella.

Sobre el terreno político, el que supone el enfrentamiento general de la clase proletaria contra la clase burguesa, la situación es exactamente igual de terrible. La confianza en la democracia, en un Estado colocado por encima de las clases sociales por la propaganda burguesa y que sería garante del bienestar colectivo juega un papel decisivo a la hora de afrontar la política anti proletaria de la clase burguesa. Las grandes ilusiones concebidas en este sentido, incluso en los momentos de mayor agudeza de la crisis económica, muestran el arraigo del mito democrático entre los proletarios. La fuerza obtenida por las corrientes populistas de izquierda y derecha, que han hecho de la defensa del Estado burgués el centro de su programa a la vez que agitan el malestar social como única base de adhesión a su movimiento, dan la forma política más reciente a esta subordinación del proletariado al método de gobierno burgués por excelencia.

Pero la clase proletaria puede ser derrotada temporalmente, pero nunca será vencida de manera definitiva. El viejo topo sigue cavando y de la misma manera que la crisis burguesa «nacional» se inserta en una crisis burguesa de mayores dimensiones y en la cual la perspectiva cada vez más cercana de una guerra a gran escala constituye el gran catalizador de las fuerzas en pugna, la crisis proletaria tiene un horizonte en el cual la misma guerra parece un hito cada vez más seguro.

Los preparativos para esta guerra, que sea cual sea la forma que tome, implicarán un contundente deterioro de las condiciones de vida obreras, tendrán un valor objetivo doble: por un lado, implicarán ese descenso en el tenor de vida de los proletarios, pero por otro minorarán la base real sobre la que se levanta el edificio de la colaboración entre clases. Desde el punto de vista económico, debilitarán los restos que la clase burguesa cede al proletariado en forma de compensación extra por la super-exploitación que padece en el sistema productivo capitalista, mientras que desde el punto de vista político evidenciarán que cualquier intento de volver al gran pacto social de postguerra es una quimera... precisamente cuando entramos en una época de preguerra.

Esto no significa, de ninguna manera, que la propia guerra que se otea en la lejanía constituya de por sí la garantía de una reanudación de la lucha proletaria. El futuro enfrentamiento bélico mundial no tiene por qué traer, sin más, el despertar de la lucha de clase. De hecho, los escenarios que puede generar son varios y ninguno puede darse por seguro, mientras que sí puede darse por seguro que los factores de tipo subjetivo que operan en sentido

contrario a esta reanudación no se resquebrajarán por sí mismos.

La función del oportunismo político y sindical es, en tiempos de paz, asegurar la sumisión del proletariado a las exigencias burguesas mientras que le prepara para las grandes imposiciones que sufrirá en tiempos de guerra. Por eso la influencia de este oportunismo, cuyo último fin es defender la solidaridad nacional, la gran alianza interclásica que obliga al proletariado para con la burguesía, cobrará una fuerza mayor en las próximas décadas: no puede esperarse un progresivo aflojamiento de las bridas con que este ata a los proletarios, por lo que la fuerza de la clase proletaria -una fuerza histórica que posee objetivamente, por muy difícil que sea la situación por la que pasa- deberá dirigirse tanto contra sus enemigos declarados como contra los aliados que estos tienen en su seno. A su vez esto implica que las posibilidades de un retorno a la lucha de clase gradual, lento y relativamente tolerado, cada vez resulte más difícil de concebir.

Las fuerzas concentradas de la burguesía y sus secuaces oportunistas se dirigirán cada vez con más violencia hacia cualquier manifestación, siquiera potencial, de una ruptura de la paz social. Así lo hemos visto en los últimos años, cuando las huelgas -limitadas y casi vencidas de antemano- en sectores críticos como el metal han sido golpeadas con una violencia que no se veía desde mucho tiempo atrás, y aunque de nuevo esta represión contribuirá al desgaste de las ilusiones democráticas y de los agentes que las sustentan, no puede negarse que su efectividad como elemento de disuasión seguirá siendo inmenso.

Como comunistas revolucionarios que nos colocamos en *la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia* como dice el encabezado de nuestra prensa, consideramos que los hechos materiales no han hecho más que confirmar la doctrina del marxismo revolucionario y valoramos la actual crisis de la clase proletaria en función de un desarrollo histórico que ha llevado hasta ella pero también de un futuro que deberá empujarla, tarde o temprano, a reanudar su lucha de clase, tanto sobre el terreno de la defensa inmediata de sus condiciones de existencia como sobre el terreno general de la lucha por el poder, por la destrucción del orden social burgués y la imposición de su dictadura revolucionaria.

Si bien conocemos la difícil situación que todavía se prolongará tiempo (un tiempo que no se puede acortar mediante atajos de ningún tipo), tenemos la certeza de que será la propia sociedad burguesa que hoy aplasta la fuerza de clase del proletariado la misma que mañana le llevará a resurgir con una intensidad inusitada.

Algunos datos sobre la economía española

Este apunte acerca del curso del imperialismo lo vamos a dedicar a mostrar algunos datos básicos de la economía española, tratando de mostrar un cuadro general de la misma a partir del cual se pueda profundizar en los aspectos más importantes para explicar la dinámica que condiciona el desarrollo interno y externo del país. Sobre la base de este trabajo se podrá, más adelante, dar una visión más detallada de los condicionantes que regulan el comportamiento tanto exterior (competencia con otros imperialismos, lucha por los mercados, etc.) como interior (exigencias a la clase proletaria, características sociales, etc.) burguesa.

Antes de comenzar, es necesario decir unas palabras acerca de los datos aportados, las fuentes de las que se extraen, etc. En general toda la información que reportamos en este trabajo está extraída de las Cuentas Nacionales españolas y es elaborada por el Banco de España. Las Cuentas Nacionales describen la estructura económica del país, desde el punto de vista contable y estadístico y constituyen la principal fuente de información macroeconómica de cualquier país. Cuando decimos que parten de una visión contable y estadística nos referimos a que, por un lado, respetan el esquema básico del análisis empresarial, que relaciona los medios de producción con la estructura financiera que los soporta (Activo por un lado, Pasivo y Patrimonio neto por otro), es decir, que concibe la economía nacional e internacional como una trasposición a escala de la economía empresarial; por el otro, que tiene un carácter descriptivo (estadístico) de la economía y no tiene en cuenta el carácter dinámico de ésta. Las limitaciones que esto implica son evidentes, pero en general la información que proporcionan las Cuentas Nacionales puede tomarse como un punto de partida porque resume todos los hechos relevantes de la producción y la distribución, bien que a partir de categorías obviamente burguesas. De hecho, las cuentas nacionales, pese a estos vicios de origen, constituyen un intento por parte de la burguesía, sus técnicos y sus intelectuales, de sobrepasar el análisis económico limitado exclusivamente al mundo empresarial, y la consideración de los factores productivos y distributivos de manera conjunta debe entenderse en este sentido de vencer las limitaciones del análisis microeconómico, muestra de la propia inoperancia, inclu-

so para ella misma, del pensamiento económico de la burguesía.

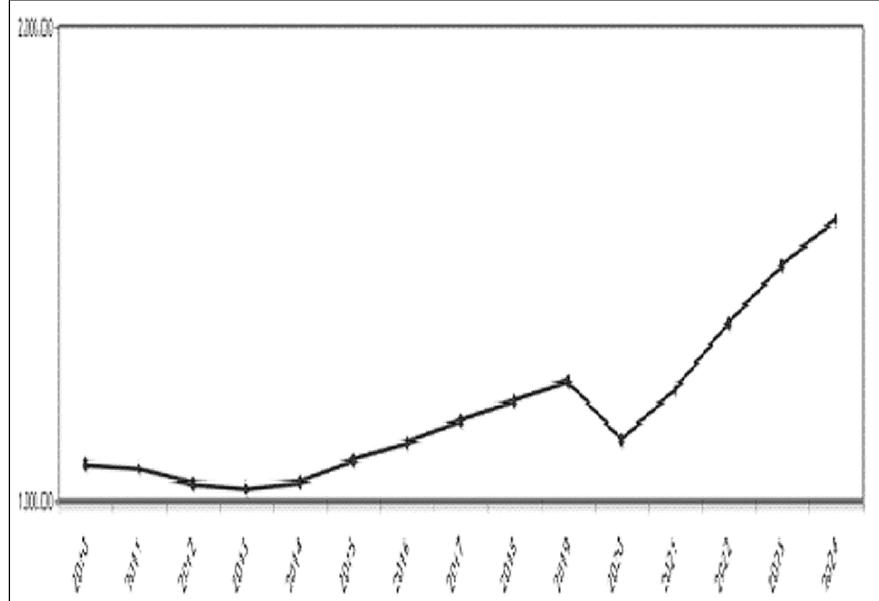
1. Algunas variables básicas.

En primer lugar, vamos a mostrar algunos de los indicadores económicos que mejor resumen la situación de un país.

a) El **Producto Interior Bruto** se define como el valor monetario total de todos los bienes y servicios finales producidos dentro de las fronteras de un país durante un período. Es una identidad contable, es decir que siempre está equilibrado, que se puede medir tanto desde el punto de vista de la producción, desde el punto de vista de las rentas generadas o desde el punto de vista del consumo de los bienes y servicios producidos. Para nosotros, en este momento, es más útil recurrir a la versión del consumo porque evidencia variables que nos parecen más relevantes.

La siguiente tabla, representada en el gráfico 1, refleja la evolución del PIB de 2010 a 2024, es decir, desde el momento más duro de la crisis económica hasta la «recuperación» tras la crisis de la Covid-19. La tendencia mostrada en el gráfico evidencia que, durante el período 2014-2020, las medidas de ajuste económico lograron remontar **tan sólo ligeramente** la caída de la producción sufrida durante 2010, 2011, 2012 y 2013 y que ha sido necesario llegar a las medidas impulsadas tras la pandemia para lograr un crecimiento acorde con el de los años previos a la crisis.

Gráfico 1



b) Serie histórica del PIB

(gráfico 2)

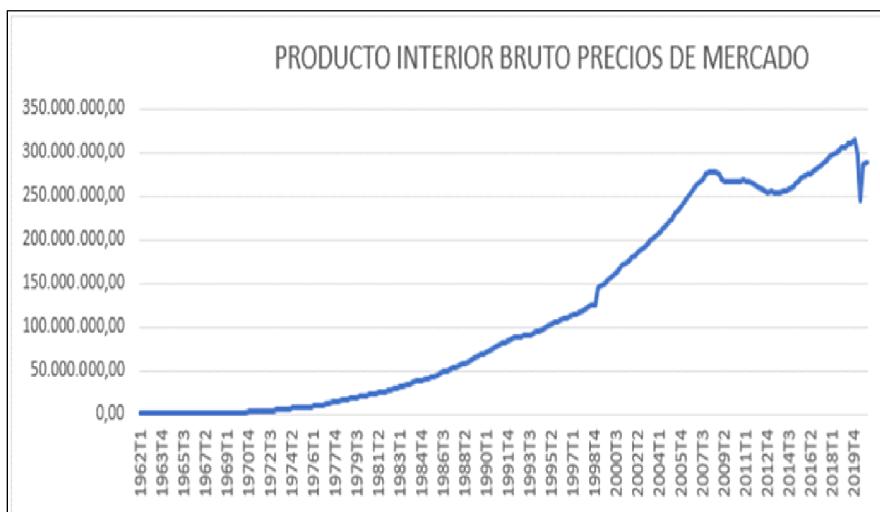
Las fluctuaciones pueden explicarse de la siguiente manera:

* 1960-1974. Despues del Plan de Estabilización de 1959, largo período de crecimiento que llega hasta 1974. Crecimiento anual medio del 6%. Son los considerados años del *boom* económico y definieron la estructura industrial del país hasta los años 90, de la misma manera que supusieron el trasvase definitivo de población rural a la ciudad.

* 1975-1984. Etapa de crisis (1974 y 1982 principalmente) con un crecimiento medio del 5%. Coincide con la Transición política y, sobre el terreno económico, con la ofensiva anti obrera que comenzó con el pacto de contención salarial de 1975 y que tuvo su hito más importante en los Pactos de la Moncloa de 1977 (se reconoció el despido libre para un máximo del 5 por 100 de las plantillas de las empresas, el derecho de asociación sindical, el límite de incremento de salarios se fijó en el 22 % (inflación prevista para 1978), se estableció una contención de la masa monetaria y la devolución de la peseta (fijando el valor real del mercado financiero) para contener la inflación; la reforma de la administración tributaria ante el déficit público, así como medidas de control financiero a través del Gobierno y el Banco de España ante el riesgo de quiebras bancarias y la fuga de capitales al exterior).

* 1985-1991. Crecimiento regular al 3,7% anual. Salida de la crisis en buena medida gracias a la entrada de España en la CEE, con el consiguiente incremento del volumen de inversión extranjera directa, subvenciones comunitarias y transferencias de capital.

* 1992-1993. Recesión con una caída

Gráfico 2

acumulada del PIB del 3%.

*1994-2007. Crecimiento sostenido del 2,7% del PIB vinculado en un primer momento al crecimiento del sector tecnológico y, posteriormente, a la expansión del mercado inmobiliario. Durante el periodo 1996-2004 España se orienta a una perspectiva «atlantista» basada en la alianza directa con USA y Reino Unido en detrimento del llamado «eje franco-alemán», lo que acaba con el brusco cambio de gobierno en 2004.

*2008-2014. Gran Recesión. Caída del PIB solo comparable a la experimentada durante la Guerra Civil. La recuperación estable sólo llegará después de 2020.

3) Finalmente, se muestra (gráfico 3) el PIB desagregado por sectores productivos.

Puede comprobarse que, tras la crisis de 2010 ningún sector ha recuperado el dinamismo que le caracterizaba en

las décadas previas. Especialmente llamativo es el sector de la construcción, que cae estrepitosamente para no remontar ni siquiera en términos absolutos. Pero la industria (desagregada a su vez en manufacturera y resto) también muestra una evolución desastrosa. Esta situación se corresponde evidentemente con la mostrada anteriormente e indica que la recuperación económica se está haciendo a un nivel de crecimiento constantemente inferior al anterior a la crisis de 2010. Aunque el crecimiento existe (y esto nos dice que la crisis ha terminado) los volúmenes de producción, condicionados por la tasa de beneficio obtenido (y por lo tanto por la tasa de plusvalía), no alcanzan los niveles previos.

En consecuencia, el beneficio capitalista, podemos suponer, es menor, bien sea por acción de la competencia extranjera bien por la destrucción irremediable de la estructura productiva.

A continuación, vamos a mostrar algunas **variables críticas de la economía española**, siempre extraídas de las Cuentas Nacionales.

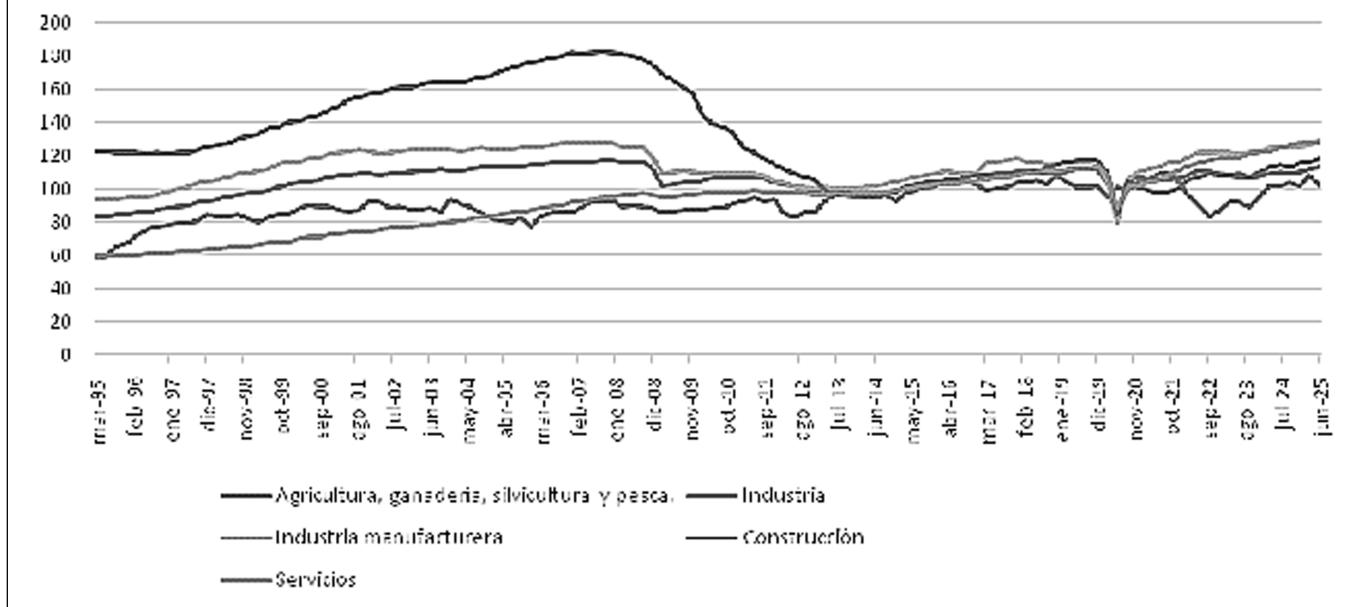
a) La Formación bruta de capital fijo (gráfico 4) es *la inversión total en activos no financieros (maquinaria, equipos, construcciones, etc.) que realizan las unidades de producción (empresas, gobiernos, hogares) durante un período, menos la venta de estos activos. Es un indicador clave de la capacidad productiva futura de una economía, ya que representa el valor de los bienes duraderos adquiridos para ser utilizados en procesos de producción*, según la definición dada en la Contabilidad Nacional. En términos marxistas, la FBCF es la variable más aproximada a la inversión en capital de la fórmula clásica:

$$\text{Producción (P)} = \text{Capital fijo (C)} + \text{Capital Variable (V)}, \text{ donde FBCF} \sim \text{C}.$$

En este caso, vemos que la FBCF sigue la misma tendencia que el PIB, pero, contrariamente a éste, sí remonta a los valores previos a 2010. Sin poder aventurar ninguna conclusión todavía, esto podría mostrar que la salida de la crisis económica se realizó en tres fases

- a) 2010-2013, destrucción de C
- b) 2014-2022, recomposición de C
- c) 2023 y siguientes, C por encima de los valores de 2010.

Esto puede significar que la crisis trajo consigo la destrucción de capital, con lo que la composición orgánica del mismo (C/V) disminuyó. La salida de este capital del mercado volvió rentables instalaciones a un nivel de inver-

Gráfico 3**PIB POR SECTORES**

Curso del imperialismo

(viene de la pág. 5)

sión menor y, finalmente, se consolida una situación de C mayor que previamente a 2010 pero con un beneficio menor. Es decir, la composición orgánica del capital en el periodo estudiado ha aumentado *como consecuencia de la salida de la crisis*, determinando un menor beneficio y augurando una futura crisis aún mayor. En cualquier caso, este esquema debe tomarse como algo provisional.

b) Volumen de empleo y salarios.

Esta información sirve para mostrar dos cosas:

-Evidentemente, el volumen de empleo sigue la tendencia de la producción y no puede considerarse que pueda existir una relación diferente, contrariamente a quienes hablan del fin de la clase obrera, de un «país de funcionarios» o de los «subsídios» como manera principal de obtener el dinero necesario para vivir.

-El volumen de empleo condiciona el nivel salarial. Pero en los últimos años podemos comprobar que ambas curvas comienzan a separarse más de lo normal (se puede ver en la tendencia logarítmica punteada, que expresa mejor esta visión). Es decir, hay más empleo, pero los salarios no crecen al mismo ritmo. Es un fenómeno característico de las épocas de fuerte expansión económica (también sucedió en el periodo 2003-2008) y tiene que ver, entre otras cosas, con los fenómenos migratorios, etc.

Esta información debe relacionarse con el gráfico 6, coste laboral (total y salarial) por trabajador. En ella puede verse que el crecimiento de este no sucede al mismo ritmo que el volumen de empleo.



Visite nuestro
sitio web:
[https://
www.pcint.org](https://www.pcint.org)

**¡Lean, difundan,
sostengan la prensa internacional
del partido! ¡Suscríbíos!**

– El programa comunista –

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;
América Lat. : US\$ 1,5; USA-Cdn US\$ 3

– El proletario –

Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF; 1,5€;
América del Norte: US \$ 2; América
Latina: US \$ 1'5

Gráfico 4

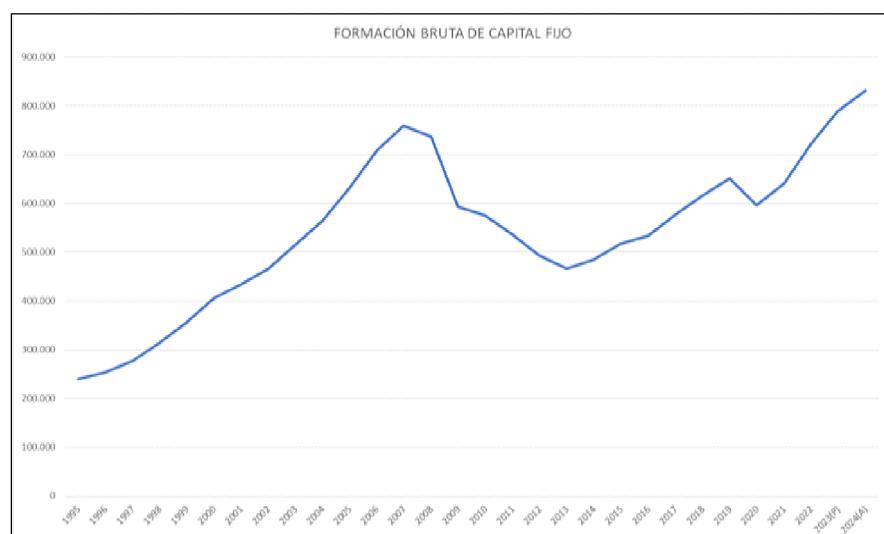


Gráfico 5

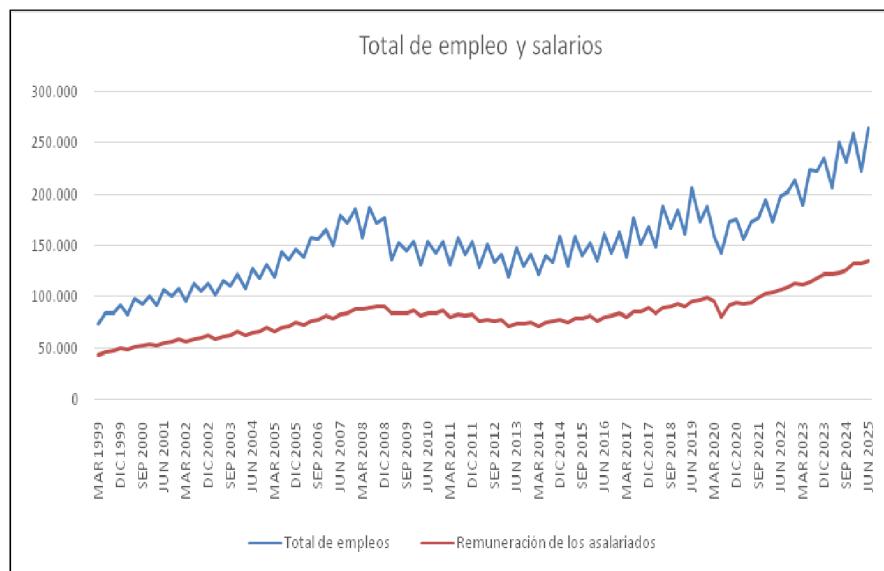
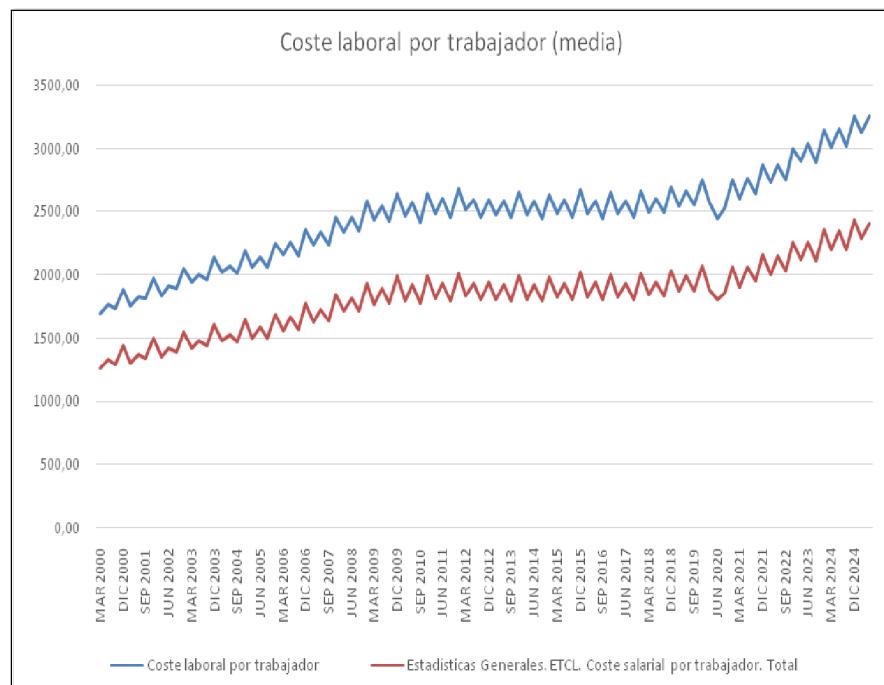


Gráfico 6



América Latina, en el centro del huracán

En *El Programa Comunista* nº 27-28 de junio de 1978, tratando de aclarar algunas cuestiones que se trataban, sobre los términos en los que la revolución proletaria podía objetivamente plantearse en América Latina, en el cuadro general dado acerca de esta región del mundo en números anteriores de la revisa, se decía:

El atraso de América Latina -atraso que varía según el país considerado- no debe velarnos el hecho de que, contrariamente al caso de Asia, en la época del «gran despertar» chino-; y con mayor razón, al de África de hoy, América Latina constituye un bloque relativamente homogéneo, no en el sentido de que hayan desaparecido los obstáculos y las inercias del pasado precapitalista (¡muy por el contrario!), sino en el sentido de que estos obstáculos e inercias persisten, aunque su existencia disminuya, dentro del cuadro de una revolución general capitalista de la que no escapa ningún país, y que les imprime a todos un sello común. Sobre este bloque se extiende una densa red de intereses, relaciones económicas comerciales, políticas y financieras que tienen su centro en Washington, y que lo vuelve cada vez más permeable a las influencias del mundo moderno. Esta red, que es hoy el vehículo de la dominación imperialista yankee, será mañana - aunque más no sea por razones objetivas - el vehículo de la corriente de un movimiento continental de clase de altísima tensión. Esta red es infinitamente más continua y más integrada que la que corría entre Europa Central y Rusia en 1919-1923.

En situaciones revolucionarias, la gigantesca clase obrera norteamericana agregará su peso al de la clase obrera latinoamericana, y, en una coyuntura favorable su peso conjunto superará la suma de sus pesos respectivos. La estadística económica latinoamericana no nos lo dice, ni puede decírnoslo; los sismógrafos sociales no dejarán de registrar el fenómeno, independientemente de sus consecuencias y desarrollos ulteriores.

Los casi cincuenta años transcurridos desde entonces no han visto aparecer ese *movimiento continental de clase de altísima tensión* que debería haber circulado por la región levantando a las masas proletarias, las cuales estaban dando en aquel momento indicios de la posibilidad de un resurgir clasista a gran escala. Sin embargo, esto no anula las premisas fundamentales de nuestra valoración de entonces.

La primera de ellas que «América Latina no parte del nivel cero de una revolución democrático-burguesa

aún por hacer: parte de un estadio intermedio de una revolución burguesa hecha desde arriba, y no empujada hasta sus últimas consecuencias y, por lo tanto, replegada en sí misma. Ella no está en la periferia del área el capitalismo ultra desarrollado, sino en estrecho contacto con él. Su joven proletariado debe recorrer todo el camino que separa las condiciones subjetivas de las condiciones objetivas de su revolución.»

La segunda que la dominación imperialista a cargo de Estados Unidos era un condicionante de primer orden que se insertaba en el marco de relaciones sociales capitalistas agitando y volviendo convulsas las condiciones creadas por la incapacidad de las oligarquías nacionales de llevar hasta el final los términos de la revolución burguesa.

Y, finalmente, que «en la perspectiva más lejana que es la nuestra, la única que esta materialmente fundada, el partido finalmente reconstituido y, dotado de una gran influencia en las filas de un proletariado cuantitativa y cualitativamente consolidado dentro de una sociedad burguesa que habrá atacado seriamente en sus fundamentos la herencia de un pasado arcaico, partido que actuará en el marco de una crisis capitalista mundial, no podrá dirigir a la clase trabajadora hacia el asalto del imperialismo (que ha penetrado por todos los poros, agrarios y no agrarios, rurales y urbanos, de América Latina), y hacia una transformación profunda de las relaciones económicas y sociales en el campo, si no le plantea como objetivo su revolución. Esta revolución continental y anti imperialista por excelencia, que madurá en las vísceras de un área económica atravesada en todas las direcciones por el movimiento irresistible de la expansión capitalista, es inseparable de la revuelta de las plebes campesinas y urbanas, y ha de tener conciencia de que incluso la solución de los problemas seculares de vida y de trabajo de estas exige la destrucción de toda relación mercantil asalariada, y de todo Estado erigido para defenderlas.»

Como decimos, la ausencia de un movimiento de clase que haya puesto la revolución comunista a la orden del día en el subcontinente (algo, por otro lado, que tampoco ha sucedido en el resto del mundo) no ha implicado que las contradicciones que la peculiar situación económica, social y política de América Latina se hayan continuado desarrollando hasta extremos que hace cincuenta años podían incluso resultar impensables.

En el terreno político, las diferentes formas de reformismo y oportunismo que se han dado en los diferentes países de la región y que, cuando escribimos el artículo citado se mostraban muchas bajo formas de oposición clandestina y/o ar-

mada a los regímenes imperantes, han llegado en un momento u otro al poder, constituyendo una fuerza clave para que las burguesías nacionales pudiesen mantener sin demasiada zozobra su dominio. Una vez superada la fase de intervención directa norteamericana, que abarcó desde los años 50 del siglo pasado hasta los 90, corrientes como el peronismo, el sandinismo, los tupamaros, etc., han alcanzado, de una manera u otra, presencia gubernamental de acuerdo con las oligarquías locales y con el amo norteamericano que optó por un control suave y cierta permisividad después de sus sangrientos movimientos anteriores.

En el terreno económico, todos los países de América Latina padecieron las consecuencias más duras de las crisis capitalistas, desde 1973 en adelante, y vieron sus respectivas economías nacionales duramente afectadas por la posición deudora de sus Estados ante las grandes potencias imperialistas, por diferentes sobresaltos de alcance limitado o por la intervención del Fondo Monetario Internacional y sus draconianas medidas de ajuste ante la posibilidad de la bancarrota del Estado.

Socialmente, las consecuencias de estas sucesivas crisis económicas han dado lugar a una especie de *crisis social permanente* caracterizada por la situación de pobreza crónica de buena parte de las masas populares latinoamericanas, la acentuación de los fortísimos desequilibrios creados por la aglomeración de ingentes cantidades de población en las ciudades y los flujos migratorios continuados hacia Estados Unidos, donde el proletariado latino ya constituye una mayoría social en muchas ciudades.

A esta terrible situación, se suma el hecho de que la región es, cada vez más, el botín deseado por los diferentes imperialismos que compiten por el dominio mundial. Al tradicional control norteamericano, que ni siquiera ha llegado a ser alterado por los intentos europeos (con España a la cabeza) por lograr cuotas de dominio económico y financiero, se le opone hoy la creciente influencia china, que busca aliados en países como Brasil, Venezuela, México y, hasta hace poco, Argentina, para comerciar con materias primas a cambio de exportar el copioso excedente industrial que producen sus fábricas.

Este enfrentamiento entre potencias rivales cobra hoy una intensidad especial en **Venezuela** por las amenazas continuas que el gobierno norteamericano lanza contra su gobierno, al que acusa de sostener las redes de narcotráfico que entran por el Caribe hasta su país. Detrás de esto se encuentra el giro dado

(sigue en pág. 8)

América latina

(viene de la pág. 7)

por la política exterior norteamericana en los últimos años: previendo la necesidad de acumular fuerzas para un futuro enfrentamiento con China, Estados Unidos ha tomado la drástica decisión de retirarse de esfuerzos prolongados, costosos y relativamente infructuosos (sobre todo Ucrania) y centrar sus energías en el ámbito de influencia que realmente puede controlar. De esta manera, se trata tanto de garantizarse el vasallaje de aquellos países que han sido tradicionalmente sus aliados (Argentina, por ejemplo) como de reimponer el orden en aquellos cuyo posicionamiento en el tablero internacional ha virado hacia Oriente. Es el caso de Venezuela, un país que cuenta con unas reservas de petróleo sustanciosas (1) y que ocupa un espacio geográfico privilegiado para controlar el acceso al mar Caribe y al interior de América Latina. Para Estados Unidos, posiblemente, el objetivo no sea una invasión militar a la vieja usanza (precisamente porque conoce las consecuencias de ello y no podría afrontar una guerra de este tipo) sino lograr una transición relativamente pacífica que respete la estructura político-económica existente, ya incontestable después de décadas de régimen *bolivariano*, pero que fuerce una apertura hacia sus intereses comerciales. Dada la increíble debilidad de la burguesía *anti-chavista*, incapaz de organizar la oposición interna y que prefiere emigrar a Miami o a Madrid antes que embarcarse en nuevos proyectos políticos, la gran baza de Estados Unidos reside en forzar un cambio desde dentro del propio sistema.

En el polo opuesto se encuentra **Argentina**. Desde la victoria de Milei en las elecciones presidenciales (refrendada hace unos meses por su mayoría en el Congreso), este país se ha convertido en el *ojito derecho* del gigante norteamericano. No en vano una de las primeras medidas del nuevo presidente fue sacar a Argentina del grupo de los BRICS y, por lo tanto, sustraer al país, relativamente, claro, de la influencia china. Después se encargó de abrir la explotación minera a las empresas norteamericanas y de permitir la instalación de bases militares en el extremo sur del país, punto clave para el comercio marítimo internacional. A cambio, el Fondo Monetario Internacional le ha inyectado más de 20 mil millones de dólares para garantizar su estabilización macroeconómica, el desarrollo comercial, etc. Todo ello, por supuesto, a costa de unos intereses que mantendrán endeudado al país durante décadas. Todo el secreto de la «novedosa» política económica de Milei (que es, realmente, la de su segundo de abrindo, Caputo, *hombre para todo* de la burguesía en el Gobierno) ha tenido este único eje: flujo continuo de dólares americanos para mantener las cuentas nacionales mientras se reducen los salarios (35% de pérdida de poder adquisiti-

vo en lo que se refiere al salario mínimo) y eliminación de todo gasto social considerado como superfluo. Con esto se busca una reordenación económica del país que le saque de la espiral inflacionista (realmente, de la crisis económica comercial) en que se había sumido durante las últimas décadas, mientras que se vira bruscamente en términos de política exterior. La fuerza democrática de Milei, su capacidad de crear un bloque anti peronista que involucró a buena parte de las clases medias arruinadas y las movilizó electoralmente, ha permitido que este cambio se realice en un estado de absoluto *knockout* del proletariado, arrastrado al mismo a la confianza democrática y a la superstición electoral y, por lo tanto, incapaz de salir del marasmo de la colaboración interclasista.

En Chile las elecciones parlamentarias y presidenciales chilenas de 2025, celebradas en noviembre y diciembre, enfrentaron a los dos polos del espectro político burgués: la derecha, representada por el candidato de extrema derecha José Antonio Kast, que tras la primera vuelta obtuvo inmediatamente el apoyo del resto de candidatos de derecha, y la izquierda, representada por la candidata «comunista» Jeannette Jarra. Sin embargo, el supuesto choque fundamental entre la derecha y la izquierda es pura ficción: los principales lemas de ambos bandos fueron la política de inmigración, la delincuencia y el llamamiento a «sanar la economía», es decir, temas que se encuentran en el núcleo de la gestión capitalista de la sociedad. La obligación de participar en las elecciones —de nuevo desde la interrupción entre 2012 y 2023—, acompañada de la amenaza de una multa de hasta 105 000 pesos chilenos (unos 95 euros) para los que no votaran, ilustraba la necesidad del régimen de jugar con la ilusión del compromiso democrático y la legitimación del régimen mediante la movilización de las masas. Las excepciones, para los enfermos, los discapacitados, los residentes a más de 200 kilómetros de distancia o las personas que residen en el extranjero desde hace mucho tiempo, requerían una confirmación burocrática, mientras que más de 800.000 migrantes con una residencia superior a cinco años podían votar voluntariamente, y las encuestas mostraban su tendencia a apoyar a la derecha, sobre todo debido al gran grupo de migrantes procedentes de Venezuela, que habían huido del régimen capitalista de ese país, enmascarado como «socialismo» y «antiimperialismo».

Chile es un país en el que se concentran tanto la realidad más cruel del régimen capitalista como la viva resistencia del proletariado y los pueblos originarios mapuches, y al mismo tiempo las ilusiones persistentes asociadas a la democracia, la izquierda, el camino nacional hacia el socialismo y las reformas parlamentarias. Para comprender la constelación actual, es necesario recordar la base material de la sociedad chilena. La

economía chilena, con un PIB de alrededor de 347.000 millones de dólares, se basa en un fuerte predominio de los servicios (más del 56,9 % del PIB, datos de 2023), que, sin embargo, emplean principalmente a un proletariado de bajos ingresos, inestable y precario. La minería —cobre y litio— y las actividades relacionadas con ella representan aproximadamente el 20 % del PIB, pero solo el 2-3 % de los puestos de trabajo, el 10 % si se tienen en cuenta las actividades auxiliares. Se trata de un sector con una acumulación extrema de capital, vinculado a empresas transnacionales que generan riqueza que va a parar a manos de unas pocas familias y empresas extranjeras, dejando tras de sí una considerable carga ecológica. No es casualidad que unas pocas familias multimillonarias posean una riqueza equivalente a casi el 17 % del PIB chileno, lo que supone una concentración de riqueza sin precedentes incluso en el seno de la OCDE. Esta estructura material se correlaciona con un Estado social débil, salarios bajos y una desigualdad de clase persistente: Chile es la encarnación de una pequeña élite extremadamente rica y una amplia mayoría de trabajadores que viven al límite de la reproducción de su propia fuerza de trabajo.

El sistema social funciona aquí como un complemento del capital, no como un cómodo y adormecedor amortiguador social de las masas. El seguro de desempleo es parcial, de duración limitada y ofrece una cobertura muy escasa a los sectores de bajos ingresos. La ayuda social se dirige a los más pobres y, por lo tanto, es escasa, estigmatizante y, en la práctica, no compensa el coste real de la vida. El sistema sanitario es, en general, dual: la FONASA pública, que sufre una financiación crónicamente insuficiente, cubre aproximadamente al 80 % de la población, mientras que las clases con mayores ingresos pagan una ISAPRE privada con primas diferenciadas en función del riesgo, lo que genera grandes beneficios para los fondos privados. El sistema de pensiones, producto del ataque neoliberal de la dictadura de Pinochet, se basa en el ahorro individual de capital en fondos privados que invierten en los mercados globales; el Estado solo garantiza una pensión mínima bajo condiciones estrictas. Para los proletarios, cuya vida laboral se caracteriza por el empleo intermitente, los bajos salarios y la precariedad frecuente, esto significa pensiones miserables, trabajo hasta una edad avanzada y dependencia de la familia o de los escasos subsidios del Estado. El sistema educativo chileno está segmentado y fuertemente privatizado: las escuelas públicas están infradotadas y son para los más pobres, las escuelas subvencionadas ofrecen la ilusión de ascenso social a costa del esfuerzo financiero de las familias, y las escuelas privadas de élite sirven para reproducir a las clases dominantes.

Por lo tanto, no es de extrañar que Chile sea un país de protestas incesantes: las luchas estudiantiles de 2006 y 2011-2013 contra la comercialización de

Venezuela:

¡Contra la agresión imperialista norteamericana!

¡Por la lucha de clase del proletariado venezolano, americano y mundial!

El ataque llevado a cabo por las fuerzas especiales norteamericanas contra Venezuela el pasado 3 de enero, dirigido a secuestrar al presidente del gobierno del país y encarcelarlo, ha sido, a la espera de lo que sucederá en el futuro, el punto culminante de una serie de ataques estadounidenses encaminados a controlar, de una manera u otra, el país caribeño.

Por lo que se sabe hasta el momento, en las últimas semanas el presidente norteamericano Donald Trump habría advertido al venezolano, Nicolás Maduro, de que se disponía a atacar el país para deshacerse de su gobierno. Por su parte, el venezolano, se habría negado a exiliarse en Turquía, tal y como le fue ofrecido, dejando su puesto a alguno de los altos cargos que le seguían en la jerarquía gubernamental. La excusa esgrimida por Estados Unidos para depor a Maduro es la lucha contra el narcotráfico (versión actualizada de la guerra contra el terrorismo que llevó a las tropas norteamericanas a invadir Afganistán, Irak y una larga lista de países) porque, siempre desde el punto de vista del

gobierno norteamericano, el presidente venezolano lideraría un cártel internacional dedicado a introducir cocaína en Estados Unidos desde Sudamérica y a lavar el dinero procedente de este negocio.

El petróleo... no lo es todo

Sin que se pueda negar o afirmar la verdad que se esconde detrás de estas afirmaciones (porque, contra la idealización del régimen venezolano que promueven algunas corrientes políticas americanas y europeas, la naturaleza burguesa, o sea criminal, de éste le predispone y habilita para cualquier tipo de negocio por oscuro que sea) resulta cuanto menos irónico que Estados Unidos, uno de los polos más representativos del tráfico de drogas a nivel mundial, ataque a otro país con esta excusa. Y es que el propio Donald Trump, en su intervención del mismo 3 de enero, ha dado una explicación que, pese a ser incompleta y deliberadamente parcial, da una noción más realista de los motivos que han estado detrás del ataque norteamericano y ha señalado

do el control de la industria petrolífera venezolana como el objetivo último de éste.

Es sabido que Estados Unidos y Venezuela mantienen desde hace décadas una dura lucha en torno a la propiedad de buena parte de las infraestructuras petrolíferas que existen en el país. En 2006 el gobierno de Hugo Chávez revocó el marco legal en el que operaban las grandes empresas petrolíferas en Venezuela favoreciendo que la empresa estatal Petróleos de Venezuela SA (PDVSA) se hiciera cargo del total de la extracción y de los beneficios resultantes del comercio del crudo, en detrimento de las empresas, principalmente norteamericanas, que se beneficiaron del llamado proceso de *Apertura Petrolera* que les permitió acceso a los recursos venezolanos a partir de la última década del siglo XX. Desde entonces, Estados Unidos ha reclamado a Venezuela fuertes indemnizaciones por esta expropiación de hecho, sin dejar nunca de tener la vista puesta en la posibilidad de recuperar por la fuerza la posición privilegiada que perdieron sus empresas.

En la actualidad, Venezuela cuenta con las mayores reservas probadas de petróleo del mundo, estimadas en unos 300 000-303 000 millones de barriles, lo que representa aproximadamente entre el 17 % y el 20 % de las reservas mundiales. Esto la sitúa en primer lugar, por delante de Arabia Saudí e Irán. Algunas estimaciones estadounidenses e internacionales incluso sugieren que el volumen real

(sigue en pág. 10)

América latina

(viene de la pág. 8)

la educación; el movimiento No+AFP en 2016-2019 contra el sistema privatizado de pensiones; y, por último, el levantamiento social de 2019, provocado por el aumento del precio del transporte, pero que surgió de un profundo descontento social por el aumento del coste de la vida, los bajos salarios y la precariedad. El levantamiento se cobró cientos de heridos y decenas de muertos, y demostró que incluso el Estado capitalista democrático pinochetista responde con violencia a los movimientos sociales. Sin embargo, el proletariado y las capas pobres mapuches fueron nuevamente llevados de vuelta a los límites de la farsa parlamentaria a través del llamado Pacto por la Conciliación Social y la Nueva Constitución, cuyas propuestas finales fueron rechazadas en 2022, tras dos años de orgías electorales, especialmente en las regiones obreras y mapuches, porque no reflejaban la realidad material de las masas.

Las últimas elecciones son las primeras tras la consolidación del statu quo que surgió del levantamiento de 2019 y la posterior llegada al poder del Gobierno de centroizquierda de Gabriel Boric, bajo la coalición Apruebo Dignidad, que incluía al Partido Comunista y, más tarde, a parte de la tradicional centroizquierda. Este gobierno, aparentemente de izquierdas, ecologista, feminista y socialdemócrata, traicionó rápidamente sus promesas. En la era poscovid, la pobla-

ción chilena sufrió una inflación de alrededor del 11-12 %, mientras que el valor de la cesta básica de alimentos aumentó un 28,2 % en 2022, lo que afectó especialmente al 40 % de los hogares con menores ingresos. Sin embargo, el gobierno de izquierda continuó con la agenda del capital: reforzó los cuerpos represivos, aumentó los presupuestos de la policía, desplegó al ejército contra los mapuches, adoptó medidas duras contra los migrantes y no alteró en absoluto los pilares neoliberales de la economía. La candidata presidencial «comunista» Jara, como ministra de Trabajo, aplicó una política fiscal restrictiva y su reforma de las pensiones reforzó aún más el sistema de ahorro individual, lo que fue celebrado incluso por los representantes de la derecha y los arquitectos del modelo pinochetista AFP.

Así, se repite el clásico péndulo político: centroizquierda-derecha-centroizquierda-derecha, y luego una nueva izquierda progresista, pero que mantiene la configuración de clases básica. Se trata de una ilusión recurrente que el proletariado deposita en la izquierda burguesa y en la delegación de su lucha a fuerzas firmemente integradas en el orden capitalista. Esta alternancia no cambia nada su situación: la explotación, los ataques a los desposeídos y la militarización de la sociedad continúan y se intensifican. La ilusión en la izquierda burguesa se ve así socavada por su propia culpa.

El proletariado debe aprender la lección de esta alternancia de quienes,

durante cuatro u ocho años, deciden cómo ser explotados, oprimidos, reprimidos e incluso asesinados en interés del capital, como ha sido frecuente para los líderes del movimiento de resistencia mapuche. Del mismo modo, debe aprender la lección de 1973: no debe delegar su lucha en las fuerzas parlamentarias y, mucho menos, en los gobiernos reformistas de izquierda. Estas fuerzas, ya sean tradicionales o nuevas, expresan los intereses de otras clases o mezclan los intereses de otras clases superiores y, por lo tanto, al final sirven al capital, proporcionan estabilidad al régimen capitalista y lo defienden de un verdadero ataque de clase por parte del proletariado y las masas pobres. La perspectiva de futuro es librarse de este péndulo político, reconocer vuestros propios intereses de clase, suprimir la influencia de todos los agentes de la explotación capitalista de las demás clases, incluidos los elementos empobrecidos y los intelectuales de la pequeña burguesía, en la reorganización del movimiento de clase. Es necesaria la reanudación de la organización de clase independiente y la entrada en el terreno de la verdadera lucha de clase, que sólo puede ser política y debe dirigirse hacia la lucha por el poder sobre la dirección de la sociedad cuyas chispas han aparecido históricamente en momentos decisivos, desde los cordones industriales hasta el levantamiento de 2019.

El proletariado debe aprender la lección más importante: su desunión —por nacionalidad, etnia u otras divisiones en las que le divide el régimen capitalista— es la principal baza de la burguesía para su dominación.

Venezuela :

(viene de la pág. 9)

de reservas sin descubrir o difíciles de extraer podría ser aún mayor (entre 380.000 y 652.000 millones de barriles), pero el rendimiento y la viabilidad económica son objeto de debate. Pero gran parte del petróleo venezolano es muy pesado y viscoso (crudo extra pesado), lo que hace que su extracción sea más difícil desde el punto de vista técnico y financiero que la de los crudos ligeros de otros países.

El petróleo representa aproximadamente el 90% de los ingresos por exportaciones de Venezuela e, históricamente, ha sido la columna vertebral de la economía estatal. Sin embargo, la producción es significativamente inferior al potencial de las reservas (actualmente alrededor de 900.000-1.000.000 de barriles diarios de exportación), lo que representa menos del 1% de la demanda mundial, debido principalmente a la inestabilidad política, la mala gestión y las sanciones.

Chevron Corporation es la principal empresa petrolera estadounidense activa en Venezuela, a pesar de las sanciones de larga duración impuestas a PDVSA. En virtud de las excepciones concedidas por el Gobierno estadounidense, Chevron tiene licencias limitadas para operar y exportar, aunque estas licencias se revisaron repetidamente en 2025 y, en algunos casos, se retiraron. En particular, a Chevron se le permitió la exportación de petróleo venezolano a pesar de las sanciones, pero al mismo tiempo se limitaba su flujo de dinero directamente al régimen venezolano por ser «políticamente delicado».

La progresiva limitación de la importancia norteamericana en la industria petrolera venezolana ha tenido como contra partida, en los últimos años, una creciente importancia del comercio con China. Según la prensa especializada, China recibe de Venezuela aproximadamente 921.000 barriles por día (el 80% de las exportaciones de crudo del país) mientras que Estados Unidos recibe únicamente 150.000 barriles por día. Es decir, los últimos años han visto un cambio de la posición estratégica venezolana, que después de una década de bloqueo y caída de las exportaciones, debido a la menor demanda internacional, ha pasado de ser una fuente de reservas para Estados Unidos a serlo para China. De hecho, los dos barcos petroleros interceptados por la marina estadounidense días antes del ataque iban dirigidos presumiblemente al país asiático, que corresponde a Venezuela con transferencia de tecnología de última generación, insumos para la industria nacional, etc.

A esto se le suma la relación comercial, también considerada preferente por parte de Venezuela, que esta mantiene con Irán. Sin alcanzar la magnitud de la que tiene con China, tiene un peso considerable en la economía venezolana y supone un alivio a la hora de enfrentar los efectos del embargo relativo al que le somete Estados Unidos.

Este es el centro del problema. El objetivo norteamericano no es, a todas luces, el control del narcotráfico. Pero tampoco es, únicamente, hacerse con el control de la industria petrolífera venezolana, algo que puede ser muy lucrativo, pero sin lo cual Estados Unidos ha podido vivir durante dos décadas... El objetivo de la presión que Estados Unidos ejerce contra Venezuela es do-

ble. Por un lado, busca limitar la relación comercial del país caribeño con China e Irán, evitando tanto el suministro a estos dos países de un crudo sin duda muy barato (algo de vital importancia para la expansión industrial que protagonizan ambos) como el pago por este en forma de tecnología militar e industrial, es decir, la consolidación de un área de influencia principalmente china en el mar del Caribe. Por otro lado, trata de dar ejemplo con Venezuela para que tomen nota el resto de países y burguesías latinoamericanas: tanto en términos económicos como en términos políticos, afirma su predominio sobre el subcontinente, en una especie de reclamación de derechos que considera indiscutibles. No es necesario irse muy atrás para ver este doble objetivo explicitado por parte del mismo gobierno norteamericano, porque en su recientemente publicada Estrategia de Seguridad Nacional, el documento que recoge su orientación política y militar para los próximos años, la reivindicación de una *América del sur, americana*, es decir, *norteamericana*, es explícita. No se trata simplemente de una exigencia económica, no es una reclamación de petróleo sin más... es la imposición de todo un posicionamiento político y militar lo que está en juego.

América, esto debe quedar claro para todos los países que la conforman, es el coto de caza privado de Estados Unidos. Esto no significa que ningún otro país pueda comerciar o defender intereses parciales en alguna zona, pero el predominio indiscutible se debe al imperialismo norteamericano.

El orden, burgués e imperialista, sí...
Durante los primeros años del gobierno de Hugo Chávez, en medio de un boom económico mundial en el que el consumo de combustible en todos los países capitalistas desarrollados y en buena parte de los considerados en vías de desarrollo aumentaba sin parar, las exportaciones de crudo venezolano reportaron al Estado jugosos beneficios. Buena parte de estos beneficios se utilizaron para modernizar, relativamente, el aparato productivo nacional, consolidando a Venezuela como una potencia económica regional.

A la vez que sucedía esto, se ponía en marcha un programa a gran escala de beneficios sociales para el proletariado y las masas depauperadas: Control de los precios de la cesta de la compra básica, construcción de viviendas asequibles, programas de empleo, alfabetización... los millones de petrodólares que engrosaban las arcas del Estado permitieron una expansión económica y social que marchaba al compás del crecimiento económico mundial del momento, sólo que mediante el fino hilo que suponía la exportación de una única materia prima, el crudo.

¿Se diferenciaba en esto el régimen de Chávez del resto de países capitalistas? En absoluto. En prácticamente toda Europa y América del Norte, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la burguesía destina una parte del excedente de beneficios, obtenido de la reconstrucción postbelica primero y del dominio imperialista que ejerce sobre el resto del mundo después, para el mantenimiento de una serie de amortiguadores sociales que garantizan una relativa paz social sustentada en una ferrea política de colaboración entre clases. Los primeros años del régimen chavista no tuvieron nada de particular si se toman en abstracto. Solo si se observan en el contexto latinoamericano, y en particular con las singularidades venezola-

nas, donde las oligarquías burguesas dominantes han exprimido sin misericordia a los proletarios y al campesinado de la región y no han tenido miramientos en reducirlos al hambre y la miseria más desesperante, se puede ver alguna diferencia.

La política de conciliación que los sucesivos gobiernos chavistas tuvieron hacia los proletarios y las capas populares más empobrecidas se inspira en el método de gobierno tradicional de la burguesía en cualquiera de los países capitalistas centrales, no hay nada de revolucionario en ello. Fue el hecho de que las fuentes de financiación de esta política las buscara en la nacionalización de industrias clave, como la petrolera, lo que le enfrentó tanto a la burguesía tradicional venezolana como a su valedor norteamericano. Pero este enfrentamiento, que sin duda existió, tampoco debe dar a entender que las limitadísimas reformas chavistas tuvieran algún tipo de naturaleza subversiva. Es cierto que el gobierno de Chávez se enfrentó a la oligarquía venezolana y a Estados Unidos hasta el punto de que, en 2002, tuvo lugar un golpe de Estado encaminado a deponerle. Pero también es cierto que el fracaso de este, debido a la presión de las masas populares en la calle, recondijo la tensión existente a un acuerdo de relativa tolerancia: tanto Estados Unidos como la burguesía venezolana aceptaron que solo el régimen chavista era capaz de controlar la tensión social que décadas de miseria habían creado y este se aprestó a convertirse en el valedor del orden imperialista en el país, a la vez que permitía florecer a su alrededor a una nueva, numerosa y especialmente agresiva y codiciosa burguesía, enriqueciéndola con los nuevos negocios y permitiéndole infiltrarse en todos los recovecos de la estructura estatal.

El enfrentamiento de los gobiernos, de Chávez primero y de Maduro después, tanto con la parte de la burguesía que había sido excluida del poder como con Estados Unidos, no pueden entenderse como la lucha de un régimen revolucionario (ni siquiera reformista en un sentido estricto!) contra fuerzas reaccionarias, sino como una lucha inter-burguesa en la cual cada una de las facciones luchó por lograr el apoyo de los proletarios y el «pueblo» en general, defendiendo unos las conquistas sociales otorgadas a cargo de la venta de petróleo y, otros, la democracia y la lucha contra la creciente corrupción de la nueva burguesía y el ejército, convertido en principal garante del orden a medida que la situación social empeoraba.

En medio de esta lucha, la crisis capitalista de 2008-2012, el fin de la demanda ilimitada de crudo, la caída de los ingresos por su venta... llevó a la crisis económica, política y social del régimen chavista, cada vez más parapetado detrás de las Fuerzas Armadas y al que sólo su inclusión en el bloque comercial conformado por China, Rusia, Irán y otros países de importancia menor, logró salvar... temporalmente.

La realidad, en el momento en que Estados Unidos, de acuerdo con el giro político y militar de los últimos años, ha redoblado sus ataques contra Venezuela para sacarla de dicha órbita económica, es que el Estado venezolano no podría existir sin la nueva burguesía chavista (los célebres *boliburgueses*), porque ya representa la principal fuerza de orden en el país y la única sobre la que el orden imperialista norteamericano puede apoyarse. La oposición (la de Machado hoy, pero la de Guaidó ayer... y tantas otras) ha demostrado ser absolutamente incapaz de garantizar

zar el orden burgués. No ya porque el gobierno de Maduro mantenga el apoyo popular que caracterizó los primeros gobiernos de Chávez, sino porque el entramado estatal, levantado en parte sobre este, solo es controlable por la burguesía que en veinte años se ha hecho con el ejército y el resto de resortes del poder.

Lo ha reconocido el mismo Trump cuando ha afirmado que la oposición a Maduro, liderada por Corina Machado, no tiene el reconocimiento del pueblo venezolano, es decir, que no tiene la fuerza necesaria para hacerse cargo del Estado, porque no cuenta con la capacidad de encauzar en ese sentido las diferentes fuerzas burguesas (una de las cuales, el imperialismo norteamericano) que convergen. Por el contrario, la segunda de Maduro, Delcy Rodríguez, representante de ese «narco estado corrupto» - que es como Estados Unidos califica a Venezuela - para la Administración Trump, «alguien de fiar».

Sin duda Estados Unidos va a tutelar una transición en Venezuela encaminada a abrir las puertas del Estado a algunas facciones burguesas que hoy están excluidas. Este cambio tendrá como principales fines sacar a Venezuela de la órbita de China, Rusia e Irán, a la vez que permite la entrada a las empresas norteamericanas para que se hagan con la industria petrolífera. Pero la forma en que esto se hará todavía no es posible preverla porque forma parte de un juego imperialista de mucho más alcance, que afecta tanto al conjunto de la región latinoamericana como al resto del mundo. Solo se puede saber que irá «de la ley, a la ley», del poder de la burguesía al poder de la burguesía y, seguramente, del chavismo al chavismo... aliado con Estados Unidos.

Una advertencia para el proletariado

Desde finales de los años '80 hasta 2002, la burguesía venezolana y los imperialistas norteamericanos fueron plenamente conscientes de que Venezuela se erigía sobre el volcán del descontento y la ira populares. Dos décadas de crisis casi permanente, de drástica reducción de las condiciones de vida, de caída de los salarios, etc., acabaron por desencadenar estallidos populares como el *Caracazo* de 1989.

El golpe de Estado de 1992, protagonizado por un grupo de militares a cuya cabeza estaba Hugo Chávez, manifestaba ese malestar que determinados sectores del ejército, de la burocracia sindical, etc., creían que solo se podía conjurar mediante un programa de reformas de tipo nacionalista. Como hemos dicho más arriba, tras la llegada de Chávez al poder y el inicio de la V^a República, pero sobre todo después de que el golpe de Estado de 2002 mostrase que la burguesía tradicional apenas tenía capacidad para ejercer el poder, tanto esta como la burguesía norteamericana accedieron a un gobierno de tipo nacionalista en el país.

Desde entonces este gobierno ha tratado por todos los medios de levantar estructuras estatales y para estatales que lograsen cooperar a determinados sectores de origen proletario y popular (desde las antiguas corrientes guerrilleras hasta los sindicatos, de los cuales Maduro fue un líder) para ahogar cualquier conato de lucha independiente de clase. Al resto de proletarios, cuando han avanzado sus exigencias, siquiera sobre el terreno económico, los gobiernos de Chávez-Maduro han respondido siempre con la represión más encarnizada.

El proletariado venezolano, después de décadas de padecer una situación terrible, una vez abandonada cualquier esperanza de reformas de tipo permanente, por pequeñas que fuesen, y de cargar sobre sus espaldas con el peso de la crisis económica que azota el país, va a sufrir a partir de ahora el precio de la «transición» que Estados Unidos promete y la burguesía venezolana de ambos bandos acepta. Pero hoy, la fuerza con la que contó en 1989 o en 2002, aunque en esos momentos estuviera condicionada por un carácter puramente espontáneo o por una cooptación por parte del régimen, ha desaparecido. Esa ha sido la principal victoria del chavismo y del «socialismo del siglo XXI»: han cortado cualquier tipo de impulso independiente por parte de la clase obrera, cegando a esta con las ilusiones democráticas, basadas sobre todo en unas condiciones materiales y sociales mejoradas para una parte del proletariado transformado en «aristocracia obrera», y en un «anti imperialismo» de tipo pequeño burgués, que la mantiene paralizada e incapaz, por el momento, de cualquier tipo de respuesta.

Si la agresión imperialista norteamericana constituye un aviso a las burguesías latinoamericanas acerca de qué pueden y qué no pueden hacer en términos de alianzas políticas y económicas, para los proletarios de todos los países de la región supone algo más que una amenaza: es una realidad palpable del futuro que les espera. Las tensiones inter-imperialistas fuerzan a una reorganización de las áreas de influencia de las principales potencias y una sobre explotación de los recursos que existen en estas. También de la fuerza de trabajo, principal recurso que necesita el capitalismo para funcionar. Bajo la férula norteamericana, que vuelve a imponer militarmente sus exigencias, los proletarios de América Latina tienen un futuro claro: más explotación, por parte de su burguesía y del imperialismo yankee, peores condiciones de vida, represión sistemática, muerte... El disciplinamiento social es el requisito indispensable para la imposición de las exigencias económicas que plantea la burguesía. Y la burguesía venezolana, la bolivariana o la opositora, van a hacerse sus principales valedores.

Hace pocas semanas, cuando la tensión bífica entre Estados Unidos y Venezuela iba en aumento, aún sin ver claro el desenlace de la situación, escribíamos unas palabras a las que ahora no tenemos nada que corregir ni añadir:

«Los proletarios de los países imperialistas deben oponerse a las campañas contra Venezuela, así como a las que golpean a otros países; las sanciones económicas, los bloqueos, la presión diplomática, las intervenciones «humanitarias» o las operaciones militares forman parte del arsenal utilizado para establecer o fortalecer la dominación imperialista sobre los países más débiles con el fin de obtener ventajas de todo tipo. La dominación imperialista debe combatirse sin vacilación, no en nombre de la engañosa ideología democrático-burguesa de la igualdad de las naciones y el respeto al «derecho internacional», sino porque esta dominación fortalece al enemigo de clase y dificulta la lucha proletaria en los países imperialistas, al facilitar la corrupción de ciertos estratos de la llamada «aristocracia obrera». Cualquier debilitamiento del poder de la burguesía imperialista es un factor positivo en el antagonismo de clase con ella; al mismo tiempo, cualquier debilitamiento del imperialismo alivia la presión sobre los proletarios de los países domi-

nados, quienes siempre son las primeras víctimas de las acciones imperialistas. La solidaridad de clase con los proletarios de los países dominados es, por lo tanto, un imperativo de la lucha proletaria en los países imperialistas y no un vago deber moral de caridad humanitaria.

Los proletarios de los países imperialistas, y en particular los proletarios estadounidenses, deben demostrar esta solidaridad, no solo negándose a participar en la campaña contra Venezuela, denunciando la retórica sobre la lucha contra las drogas, la democracia y los derechos humanos, que solo sirve para camuflar los sórdidos intereses imperialistas, sino también oponiéndose a las medidas gubernamentales contra los inmigrantes legales e ilegales, venezolanos y otros. Recientemente, cientos de miles de inmigrantes, incluidos 600.000 venezolanos, han perdido su derecho a permanecer en Estados Unidos, lo que los condena a la clandestinidad. La solidaridad con los proletarios inmigrantes es esencial para fortalecer a todo el proletariado contra una burguesía que no duda en usar la fuerza para defender sus intereses tanto dentro como fuera de sus fronteras.

Frente a las crecientes tensiones entre Estados, a la crisis económica, a las sanciones, a la miseria y a la amenaza de guerra, el proletariado no tiene más que un camino: el de la lucha internacional de clase. Esto implica ningún «apoyo táctico» al gobierno Maduro, ruptura total con todos los frentes comunes con la burguesía, ya sean patrióticos, democráticos o «anti imperialistas»; el rechazo de todos los campos burgueses: Maduro, la oposición liberal, los gobiernos imperialistas, los bloques regionales; emprender la reanudación de la lucha de clase independiente de los partidos y sindicatos defensores del orden burgués; el trabajo por la reconstitución de un movimiento comunista internacional que unifique las luchas de los proletarios de Venezuela, de las Américas, de Europa, de África y de Asia.

Ni las amenazas de Washington, ni los discursos patrióticos de Caracas, ni las promesas de la oposición burguesa pueden ofrecer una salida a los explotados. Todos estos campos defienden la propiedad privada, el trabajo asalariado, la competencia generalizada entre empresas y Estados, es decir, las bases mismas de la explotación capitalista.

Los proletarios de Venezuela deben negarse a morir por la patria; los proletarios de Estados Unidos y de Europa deben negarse a apoyar sus sanciones, sus flotas, sus bases militares. En todas partes, se trata de retomar el hilo roto de Liebknecht, de Lenin y de los primeros dos años de la III Internacional: el enemigo principal, para cada proletario, se encuentra en su propio país: su propia burguesía y su propio Estado. Solo uniendo sus luchas por encima de las fronteras, sobre la base de un programa comunista de destrucción del capitalismo y de la sociedad de clases, podrán los trabajadores de Venezuela y del resto del mundo salir de la trampa mortal en la que las burguesías en competencia intentan encerrarlos.»

¡Fuera las tropas norteamericanas de Venezuela!

¡Contra la guerra imperialista, guerra de clase proletaria!

¡El enemigo está en casa, es la propia burguesía!

1935-2025. A noventa años de la fundación del POUM

(viene de la pág. 1)

cha contra la contrarrevolución, no fue un elemento de orientación que, pese a su terrible fin, aportase un valor positivo directo a las nuevas generaciones proletarias que debían librarse del yugo estalinista. Muy por el contrario, contribuyó a aumentar la falta de norte político y a agotar las ya de por sí exhaustas energías del proletariado y es por eso que, más allá de los homenajes de tipo romántico que se dirigen hacia este partido y sus líderes más reconocibles, es necesario incluirlo en el balance histórico de la derrota del proletariado peninsular y mundial en sus justos términos.

El POUM se fundó como resultado de la fusión del Bloque Obrero y Campesino con la inmensa mayoría de la Izquierda Comunista Española bajo el influjo de la derrota de la insurrección obrera de 1934. Las bases que favorecieron esta fusión fueron del todo heterogéneas, inspiradas en un anti estalinismo vago y circunstancial, en el mejor de los casos, así como en la creencia de que la próxima «revolución española» que debía resurgir de la derrota de 1934 requeriría de un partido marxista capaz de guiarla. La realidad de esta unificación entre dos corrientes que durante largos años se habían mostrado hostiles entre sí, es que su fuerza motriz no estuvo tanto en una valoración realmente marxista de la situación que afrontaba la clase proletaria española y mundial (situación de la que se derivaba esa trágica ausencia del partido de clase después de la debacle estalinista) sino en la creencia de que era posible forzar, mediante un compromiso de acción, las trabas políticas que se presentaban y que, además, esto se podía hacer en términos exclusivamente nacionales (españoles).

Por parte del BOC, la trayectoria política seguida, desde su fundación hasta 1935 es básicamente la de una corriente republicana extremista que representaba a las clases medias campesinas y a limitadísimos estratos proletarios *de cuello blanco*. Su origen se encuentra en la ruptura de la Federación Comunista Catalano-Balear del PCE con el centro nacional del partido, que tuvo lugar en 1930, después de la caída de Primo de Rivera, como consecuencia de la deriva caótica que la política del tercer periodo estalinista había impuesto al Partido. De ninguna manera puede suponerse que la Federación representase algún tipo de fuerza marxista sana: desde su origen, hasta su expulsión del PCE, representó una corriente mucho más próxima al sindicalismo (no en vano su líder más visible fue Joaquín Maurín, tan alejado siempre del marxismo como próximo a las corrientes pequeño burguesas nacionales) que a cualquier tendencia comunista digna de tal nombre. Cuando en 1930 la Federación fue expulsada del PCE todavía pretendía reivindicar ser la verdadera representante de la Internacional degenerada en España y su salida del Partido no se realizó sobre la base de una crítica a las posiciones anti marxistas que éste había aceptado, ni siquiera

sobre el terreno más inmediato de la situación española, sino sobre una defensa de esas mismas posiciones... que el PCE habría traicionado.

El BOC como tal fue la plataforma que creó la Federación con el fin de conformar una organización pantalla que permitiese sumar a simpatizantes y elementos de clases no proletarias que, bajo la presión de la tensión social que iba en aumento, comenzaban a sentir atracción por los partidos de izquierda y, concretamente, por uno tan radical como esta supuesta corriente «comunista». Finalmente fue el BOC el que acabó por representar a la Federación y ésta se diluyó en su seno sin que sus líderes hicieran ningún esfuerzo por justificar este hecho. Esta situación no tuvo una importancia meramente organizativa, sino que evidenció el abandono de toda veleidad marxista en favor de un bloque interclasista que agrupase, bajo un programa democrático radical, a diferentes estratos «populares». Puede decirse, en este sentido, que el BOC fue el partido republicano de aquellos elementos que no encontraron acomodo en las fuerzas tradicionales y que, espoleados por la agitación social del momento y seducidos por las reivindicaciones republicanas y nacionalistas de las que el BOC se hizo cargo, tanto como por cuestiones económicas inmediatas (caso de los *rabasaires*) se lanzaron a la lucha política bajo el paraguas de un «marxismo heterodoxo» en el que cabía cualquier cosa.

Esta visión no es una interpretación nuestra o *a posteriori*. Tanto el programa del BOC como sus posicionamientos políticos concretos son la expresión de una pretendida alianza entre el proletariado y las clases medias. En su artículo de 1931 «La revolución española», publicado en la revista teórica del grupo *La Nueva Era*, el Bloque afirmaba:

«España llega tarde a la Revolución democrática. Cuando casi todo el mundo ha logrado, en el transcurso del siglo XIX, desembarazarse de las supervivencias feudales, España inaugura este proceso de transformación social con un retraso evidente. Por eso aquí la Revolución ha de ser más honda, más intensa. [...] Las fuerzas motrices de la Revolución son el proletariado, los campesinos pobres, el movimiento nacionalista y una parte importante de la juventud que aunque de origen pequeño-burgués, desea que la Revolución haga dar un salto a España en el camino de su transformación social».

No es necesario mucho esfuerzo para notar la distancia que separaba al BOC de un posicionamiento marxista.

La Izquierda Comunista Española (ICE), la segunda de las organizaciones que convergieron en el POUM, fue, en sus orígenes, la organización que reunía en España a los partidarios de Trotsky y su Oposición Internacional. No se trató de un grupo trotskista en el sentido neto del término porque si bien en un momento agrupó a los elementos que rompían con el PCE sobre la base de una adhesión (sin duda más emocional que política) a las posiciones del revolucionario ruso, los acontecimientos españoles tardaron poco en plantear desavenencias entre la ICE y el centro trotskista

internacional. De nuevo, al igual que sucedió con el BOC, no debe pensarse que estas desavenencias venían a suponer un intento por parte de la ICE de rectificar el rumbo extraviado de la Oposición, ni sobre los acontecimientos internacionales ni sobre los propiamente españoles. Mientras que la corriente trotskista mantenía unas posiciones completamente erróneas al respecto de los problemas de la llamada «revolución española» (necesidad de apoyar el «movimiento de masas» republicano, posibilidad de forjar el futuro partido comunista a partir de éste, defensa de las Cortes Constituyentes revolucionarias, etc.) la ICE buscaba ir más allá en el fondo *democrático* de esta política en la medida en que identificaba plenamente el desarrollo de la República con una fase en sí misma de la revolución proletaria (2) y pensaba que la tarea de preparar el partido de la revolución debía hacerse conjuntamente con organizaciones no específicamente marxistas y sobre un plano que, tanto teórica como políticamente, exigía una «flexibilidad nacional» que le permitiese ser aceptado por las clases populares, pequeño burguesas, que constituyan el verdadero cuerpo social republicano.

La fusión entre el BOC y la ICE para dar lugar al POUM se presentó, por parte de ambas organizaciones, como una consecuencia de la durísima derrota sufrida por el proletariado tras la insurrección de octubre de 1934. Así lo expresaba Andrés Nin, el líder de la ICE, en 1935:

«Excepto de la gloriosa insurrección de Asturias, al proletariado español le ha faltado conciencia de la necesidad de la conquista del poder. Allí donde el Partido Socialista gozaba de más influencia, la clase obrera no había recibido las enseñanzas que el partido revolucionario del proletariado tiene la obligación de infiltrar en la conciencia de las masas populares. Los anarquistas no secundaron el movimiento por su «carácter político» y porque no establecían distinciones entre Gil Robles, Azaña y Largo Caballero. Por eso era necesario un partido que, interpretando los intereses legítimos de la clase obrera, se esforzara en constituir previamente los organismos del frente único, con el fin de conquistar a través de las Alianzas Obreras, la mayoría de la población. Le ha faltado al ejército revolucionario un estado mayor con jefes capaces, estudiosos y experimentados. SIN PARTIDO REVOLUCIONARIO, NO HAY REVOLUCIÓN TRIUNFANTE. Esta es la única y verdadera causa de la derrota de la insurrección de octubre. Que no se atribuya este fracaso a la traición de los anarquistas, con los cuales no se había contado, ni a la deserción de los campesinos, mal trabajados por la propaganda, ni a la traición evidente de los nacionalistas vascos y catalanes, temerosos por el cariz que tomaban los acontecimientos, que sobrepasaban sus intenciones democráticas. El partido revolucionario de la clase obrera tiene la obligación de prever estas contingencias, con el fin de obrar, como es menester, antes y después de producirse».

A pesar de todo, este fracaso no significa que el movimiento obrero esté

*liquido. La clase trabajadora ha sido vencida, pero no eliminada, con la particularidad de que el movimiento ha permanecido intacto en la mayoría de las poblaciones españolas, porque la clase obrera se ha mantenido a la reserva sin agotarse. El proletariado español se ha enriquecido con una experiencia más, que si se analiza en todos sus aspectos con espíritu crítico y sin tratar de justificar actitudes fracasadas, redundará en provecho de la causa revolucionaria, como también demostrará el fracaso de dos ideologías que tienen las mismas raíces económicas: del reformismo y del estalinismo, como ideologías de la pequeña burguesía burocrática». [Andrés Nin, *Las lecciones de la insurrección de octubre* (La Estrella Roja 1/12/1934)]*

Este balance, aunque formalmente pertenece a la ICE, puede atribuirse al BOC: fue precisamente el acuerdo sobre la naturaleza del movimiento de 1934 y sobre las perspectivas que éste abría que se fraguó el acuerdo entre ambas corrientes. En particular sobre esa señalada «ausencia del partido de clase» que ambas organizaciones se aprestarían a solventar mediante su fusión y la proclamación del POUM y sobre una evidente sobrevaloración de la capacidad revolucionaria de un proletariado al que consideraban a las puertas de un nuevo intento revolucionario.

Más allá de la valoración de las corrientes que dieron lugar al POUM, cuya importancia se mostró como muy limitada en los acontecimientos posteriores porque en ningún momento llegaron a permitir la articulación de una respuesta al oportunismo abierto y descarado de que hacía gala el partido (3), la cuestión central que se plantea en torno a la fundación del POUM es la de los términos en que aparece y se desarrolla el partido de clase. Porque la tesis fundamental del BOC y de la ICE en 1935 es clara: el auge revolucionario del proletariado español pone a la orden del día la fundación de un partido revolucionario capaz de conducirlo a la victoria definitiva. De lo que se siguen dos argumentos que son los realmente importantes. El primero, que la crisis política y organizativa que arrastraba el proletariado internacional como consecuencia de la degeneración estalinista de la Internacional y del proceso contrarrevolucionario triunfante en Rusia, podía ser revertido mediante una fusión de bloques políticos sin necesidad de un balance acerca de la naturaleza y el alcance de la derrota proletaria en la década anterior. El segundo que, pese a ser internacional la base de la contrarrevolución, era posible una reanudación de la lucha en los términos en que se había planteado en 1917 partiendo de un marco exclusivamente nacional, es decir, que el proletariado español, que hasta la fecha marchaba a la retaguardia política del proletariado euroamericano, constituiría el catalizador de un nuevo auge revolucionario.

Respecto a la segunda suposición, que es heredera precisamente de esa incapacidad política del proletariado español (fruto, a su vez, del particular desarrollo económico español) simplemente hay que señalar que la tensión localista (e incluso nacionalista) estuvo siempre presente tanto en el BOC

que, de hecho, se presentaba como un partido pan-nacionalista en la medida en que consideraba que la revolución burguesa pendiente en España exigía un estallido centrífugo del Estado central, como en la ICE, que hizo de la reivindicación del particularismo español su principal argumento contra la corriente trotskista. Desde estas posiciones era natural que la dimensión internacional de la reanudación de la lucha revolucionaria y de sus exigencias básicas se contemplase como un aspecto secundario o incluso no se tuviese en cuenta en absoluto.

Es, por lo tanto, el primer argumento el que resulta más relevante. En 1935, la gravedad de la crisis política que padecía el partido de clase, ya prácticamente desaparecido incluso en su dimensión exclusivamente nominal, era evidente. Pero sus causas no lo eran. Por un lado, el triunfo de la contrarrevolución en Rusia pese a que su reversión estaba prácticamente excluida, aún no se había desarrollado al punto de mostrar claramente sus fundamentos. Por otro lado, la degeneración del Partido, encarnado en la Internacional, generaba aún la suficiente confusión como para que, incluso los elementos sanos que habían sabido mantenerse al margen de la vorágine oportunista que cundía en su seno (4), no pudiesen formular los términos precisos de esta degeneración ni el camino correcto de vuelta a las tesis marxistas en los diferentes planos en los que el norte se había perdido.

Con *estalinismo*, con *centrismo*, términos habituales en la época, se denominaba a una contrarrevolución cuyo céñit no se había alcanzado aún y que no permitía, por lo tanto, contemplar su verdadero alcance. Un *antiestalinismo*, o una posición *izquierdista*, como posiciones dirigidas contra la dirección de la Internacional no podían significar nada más que una respuesta genérica que no abordaba los problemas centrales de la degeneración oportunista de ésta ni de la restauración capitalista en Rusia.

En 1926, Bordiga respondió a una carta de Karl Korsch en la que éste le planteaba la necesidad de un reagrupamiento de las corrientes de oposición a la Internacional Comunista como primer paso para la reconstitución del partido revolucionario, librado ya, pretendía Korsch, de la lacra anti comunista. Para definir la insuficiencia de esta base de adhesión *meramente antiestalinista* y la imposibilidad de que tal constituyera el fundamento de una reorganización política del comunismo internacional, dijo: «[...] De modo general, pienso que lo que hoy debe ser puesto en primer plano es, más que la organización y la maniobra, un trabajo previo de elaboración de una ideología política de izquierda internacional basada en las experiencias elocuentes que ha conocido el Komintern. Como este punto está lejos de ser realizado, toda iniciativa internacional parece difícil [...]» (5)

Es decir, rechazo a las reagrupaciones fundamentadas en la oposición genérica a las tesis estalinistas, que sólo podían basarse en un esfuerzo organizativo que no se levantase sobre un balance de la contrarrevolución y su al-

cance, en favor de un largo trabajo de restauración doctrinal que debía, este sí, realizarse a partir de la evaluación de la naturaleza de la contrarrevolución y su repercusión a todos los niveles.

Esto que era válido en 1926 lo era aún más en 1935, cuando la presión creciente de las fuerzas contrarrevolucionarias había generado tanto el declive de la Internacional como la puesta en cuestión de los mismos fundamentos del marxismo revolucionario. Y esto incluso por las corrientes que se consideraban de oposición y que habían acabado por adoptar el propio *revisionismo estalinista* en la medida en que buscaban en los propios fundamentos del comunismo revolucionario los errores que habrían determinado el fin de la experiencia revolucionaria rusa e internacional.

La solución particular que el POUM planteó a esta situación es un ejemplo claro de la deriva a la que se vieron sometidas estas corrientes que se oponían sólo a los aspectos superficiales del estalinismo pero sin entender el alcance real de éste y sin ser capaces de remontarse a las cuestiones de principio que deben estar en la base del trabajo marxista para plantear siquiera la vía de la reanudación de la lucha revolucionaria. De 1935 a 1937 el POUM pasó de auto proclamarse el partido de la revolución, colocado sobre la senda marxista correcta, a participar en el gobierno de la Generalidad de Cataluña dentro de un marco de guerra antifascista. Con ello, sancionó toda la obra anti proletaria que desde las organizaciones sindicales y políticas (de CNT al nacionalismo republicano) lanzaron contra el impetuoso movimiento de clase que comenzó el 19 de julio. En un declive que afectó absolutamente a todos los ámbitos del partido, el POUM acabó por aceptar resignado la derrota militar contra las fuerzas republicanas y el desarme de los proletarios que en mayo de 1937 se batieron en las calles. Puede decirse, desde este punto de vista, que el POUM fue un elemento de desorganización del proletariado y que, lejos de dar una contribución a la salida de su situación de derrota, contribuyó a liquidar las pocas fuerzas de las que aún podría haber dispuesto.

En 1935 la contrarrevolución aún no había mostrado su verdadero alcance. Habría que esperar casi dos décadas para que los pocos elementos que se habían mantenido firmes en las tesis marxistas pudiesen comenzar a extraer las lecciones que la derrota rusa e internacional arrojaba, y verificar a través de ellas la validez histórica del marxismo. Este trabajo de balance se realizó (no puede ser de otra manera para los marxistas) como partido. Porque es precisamente el mantenerse sobre esta línea intransigente y ser capaz de trabajar coherentemente sobre el hilo rojo de los principios marxistas lo que da carta de naturaleza al partido. Un partido que, como se ha señalado varias veces desde 1952 en adelante, debe aparecer, necesariamente, en épocas de contrarrevolución, y hacer de las dificultades que plantea mantenerse en la vía correcta el criterio de selección, externo e interno, que permite forjar el *partido compacto y potente de mañana*.

Rusia en la gran revolución y en la sociedad contemporánea

A continuación reproducimos una cita extraída del texto *Rusia en la gran revolución y en la sociedad contemporánea*, concretamente de su parte tercera, titulada *Marxismo y autoridad. La función del partido de clase y el poder en el Estado revolucionario*. Se trata de un texto publicado en 1956 en el periódico de nuestro partido de ayer, *il programma comunista*, que se enmarcó en el esfuerzo realizado por nuestra organización para realizar el balance de la revolución y la contrarrevolución rusa de los años 1917 a 1926.

Este balance, que a su vez forma parte del trabajo de restablecimiento de las bases correctas del marxismo, distorsionadas durante décadas por el estalinismo y la socialdemocracia, no fue fruto del capricho intelectual de unos marxistas «de la vieja escuela», sino que llevó a cabo mediante un trabajo colectivo y prolongado en el tiempo que tenía como fin mostrar cómo la doctrina marxista era la única que proporcionaba el método y las perspectivas teóricas imprescindibles para evaluar los acontecimientos rusos de comienzos de siglo. Por ello, a la vez que se daba una visión correcta de dichos acontecimientos se reafirmaba el marxismo no adulterado, el marxismo de Marx, de Engels y de Lenin, como única fuerza capaz tanto de servir de arma de combate al proletariado en el momento de máxima tensión histórica, como de ser utilizada para extraer las lecciones de la derrota sufrida.

El texto se coloca en la línea de las posiciones históricas de la Izquierda Comunista de Italia, a la que el Partido Comunista Internacionalista (después International) si continuidad y tenía (y tiene) un carácter polémico no sólo contra las aberraciones estalinista y socialdemócrata, sino también contra todas las desviaciones que, a izquierda y derecha, pretendieron extraer lecciones de la revolución rusa y, en general, del fuego revolucionario que se extendió por la Europa de los años 10 y 20 del siglo pasado renegando de las posiciones marxistas fundamentales. Contra aquellas tendencias que buscaban reintroducir la democracia como criterio político, que pretendían que el proletariado debía renunciar incluso a la defensa de su partido de clase, etc.

Finalmente, el texto, conjuntamente con el resto de los que elaboró el Partido en aquellos años, tiene como función afirmar la certeza de la futura revolución proletaria. Defender, en medio de la más profunda contrarrevolución, que las fuerzas históricas que empujaron al proletariado a la lucha y a la victoria en Rusia, pese a que en el momento de su redacción (y aún ahora) parecían ajenas al mundo contemporáneo, resurgirían con fuerza para dar lugar a una nueva brecha revolucionaria, cuyo momento exacto no se podía fijar pero de cuyo contenido y desarrollo, a la luz de lo defendido en la propia *Rusia y revolución...*, no se debía dudar.

Curso económico y relación de clase

Se dan lugares y tiempos en los que el capitalismo favorece los intereses absolutos y relativos de sus asalariados: incluso, cuando son mayores las tasas arrancadas de la periódica nómina, ya sea a título de beneficio para los sujetos de la clase «reservista», ya sea a título de inversión privada o pública en la máquina productiva y progresiva. Esto no es una rara excepción, y devendría incluso regla si la forma capitalista se arriesgase a demostrarnos, en el curso de una generación humana, que puede conjurar las guerras destructivas y las crisis generales de producción y de desocupación, fase en la que el huracán económico arrolla a la primera embestida a los sin reserva, a los miembros de la clase obrera. La condena que Marx elevó contra la apropiación del plusvalor, no surge (como él dice, con una de sus frases de gigante de la ciencia social) de la *anatomía de las clases*, de la revisión de contable de cada nómina. No se trata de una censura contable, jurídica, igualitaria, justicialista, sino de una nueva y ciclopéea construcción de la historia entera.

Por tanto, este punto esencial puede ser mejor entendido después de los resultados de nuestro esbozo de historia del reciente capitalismo, de donde emerge la precariedad de todas sus con-

quistas, la debilidad de sus avances en la misma producción de bienes, a lo que siguen, en períodos sucesivos e inexorables, inmensas caídas. En el curso general aumenta la potencia de los recursos técnicos y la consiguiente productividad de bienes y valores de resultados del esfuerzo de trabajo. Estos recursos, en línea general, progresan de decenio en decenio, mientras resuena el eco de los continuos himnos de las victorias de la ciencia y de la técnica, que deberían facilitar la reanudación, el llamado al trabajo de los caídos en el vacío del ejército de reserva, la fabril reconstrucción de las instalaciones destruidas y la reactivación de las abandonadas. Pero una serie de factores negativos y opuestos pone a dura prueba este jaileado potencial del moderno industrialismo, orgullo de su época y contrapuesto invocado por sus infamias, sus absurdos y su locura.

La población crece rápidamente llenando los vacíos formados por la prolongada guerra. Las necesidades naturales y, sobre todo, las artificiales, que las crisis y la miseria exasperan, crecen también favorosamente. La producción agrícola no consigue mantener el paso con la industrial y no es susceptible, en la economía mercantil, de rápidas reanudaciones después de la quiebra. Las relaciones de las naciones productoras con los mercados de consumo son re-

volucionadas y revueltas en cada guerra, y la lucha para reactivarlas se hace con un derroche enorme de energías activas. Las crisis, que desde el inicio del capitalismo golpeaban a un grupo de naciones tras otro, tienden a alcanzar, en esta fase de absurdos lazos financieros por encima de las fronteras, cada vez más al mundo entero de la industria y la producción. El sistema colonial imperial encuentra en cada reanudación mayores choques y resistencias.

Si nosotros tomamos en consideración las primeras crisis de la industria inglesa descritas por Marx, que se reproducían con frecuencia decenal sobre las naciones subordinadas, vemos que una rápida fase de miseria equilibraba el bloque de sobreproducción, y la reanudación se efectuaba sobre un campo cada vez más amplio. Poco a poco, vemos como, después de la primera guerra mundial y la gran crisis de entreguerra que estalló en América, y luego durante y después de la I guerra mundial, el desbarajuste de la economía mundial ha sido cada vez más profundo y más amplio, más lentamente superado, y los saltos empresariales y nacionales de activos y pasivos más embriagados cada vez, frente al pasado.

Miseria de los riesgos crecientes

Si hemos recordado todo esto en síntesis, y en relación a la demostración establecida sobre datos económicos, ha sido para demostrar que la precariedad en la que vive el asalariado en la sociedad moderna no resulta hoy tanto de su tenor de vida en los períodos en que la máquina de la producción marcha y acelera, sino en la integridad de sus condiciones de vida en los largos períodos de carrera en el filo del abismo y de, alternativamente, precipitarse en él. Por muchos aparatos de asistencia y de seguros que pueda construir la «civilización» burguesa, es cierto que en pocos días o semanas toda protección del asalariado, sin propiedad y sin ahorro, sin reservas, desaparece cuando llega la negra crisis y la flagrante desocupación. Muy distinta es la suerte de las clases «con reservas». A propósito de la economía occidental y de su jaleada progresión hacia el bienestar y la prosperidad general, debemos poner en evidencia estos datos económicos de la inconsistencia de las defensas para quien no posee más que el propio empleo, el puesto, el americano «job», y las mismas provisiones y utensilios que tiene en su vivienda (o en la misma posesión de esta en las formas más sonadas, en las que no detenta más que una deuda), que una crisis económica bancaria o de circulación, rápidamente, volatilizará, apenas le haya sido rechazada su única fuente de recursos activa: el tiempo de trabajo; mientras el progreso técnico, la creciente productividad, la automatización, excavan tales riesgos, cada vez más profundos bajo sus pies (1).

No nos extendemos aquí en la demostración económica, de la que sacaremos triunfantes las tesis básicas del

marxismo, sino que ilustramos sólo la escala, el campo al que son más sensibles los riesgos de clase del proletariado moderno. En círculos estrechos y durante períodos especiales, estos permanecen inadvertidos, como para el proletariado inglés de los tiempos clásicos, o el americano de hoy. Hemos visto estos estados capitalistas pasar como salamandras a través de las guerras, pero hemos visto también cómo los desbarató el huracán de 1929-32, y cómo contra la *prosperity* (prosperidad) del nuevo país-guía del capitalismo, los Estados Unidos, se ha opuesto después de la I guerra la dura *austerity* (austeridad) de la orgullosa y desbancada Albién. Estos países no vencerán siempre a las guerras, y el sistema económico-financiero mundial no hará recaer siempre el juego de las

crisis de anarquía productiva y distributiva en máxima medida sobre los otros estados que, como aquellos menores de Europa, todavía sufren los desastres de la última guerra.

Resulta difícil al Estado, sin embargo, obtener de los proletarios de Gran Bretaña y de América una sensibilidad a estos riesgos futuros, una reacción de clase. Hagamos votar a estas masas en un consejo mundial de asalariados, y ellas responderán todavía a favor del sistema capitalista. Nos lo atestigua la historia del tradeunionismo y del laborismo inglés, y la de las organizaciones sindicales de América conformistas a ultranza, formando la base de un partido político apenas distinto de los burgueses. Y aún así, se deberá responder a ese tan acostumbrado e insidioso argumento: allí no existen distancias sociales en aumen-

to, no hay lucha de clase, no hay incertidumbre sobre la vida de la máquina económica.

(1) Véase, para este tema y el del párrafo precedente *La revolución anticapitalista occidental* (segunda parte del informe a la reunión general de Génova de abril de 1953). Disponible tanto en *Per l'organica sistematizzazione dei principi comunista*, Milán, *Edizioni IlProgramma Comunista*, 1973 como en *El Programa Comunista* nº 33, enero de 1980. También, en especial para la «teoría del bienestar», *Traiettoria e catastrofede la forma capitalistica nella classica monolitica costruzione teorica del marxismo*, resumen del informe a la reunión de Piombino. Del 21-22 de septiembre de 1957, nºs 19 y 20 de 1957 de *IlProgramma Comunista*.

Chile : Medio siglo después, un partidario del golpe de Estado de Pinochet asume el poder democráticamente

El 14 de diciembre, el candidato de extrema derecha, José Antonio Kast, obtuvo una contundente victoria en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales en Chile, derrotando a la candidata de Izquierda Unida, Jeanette Jara, del Partido Comunista de Chile, quien defendió las acciones pasadas del presidente Boric (era su ministra del Trabajo).

Poco más de medio siglo después del golpe de Estado que derrocó al gobierno de izquierda (Partido Comunista, Partido Socialista...) de la Unidad Popular de Salvador Allende, un declarado partidario de Pinochet ha sido elegido.

La dictadura de Pinochet fue responsable de una brutal represión antíobrera: el número de víctimas, aún desconocido hasta el día de hoy, fue de varios miles, mientras que el número de personas encarceladas, a menudo torturadas, alcanzó decenas de miles. Gracias a esta represión, que aplastó cualquier posibilidad de resistencia obrera, la dictadura logró imponer una política económica tan ultroliberal que provocó una explosión de desigualdades sociales.

¿Cómo explicar que un defensor del golpe y la dictadura como Kast (cuya familia participó en la represión en aquél entonces) prevaleciera sobre una «heredera» de la Unidad Popular? El programa de Kast, inspirado en el Milei argentino y los «Chicago Boys» (como se llamaba a los economistas autores del programa económico ultroliberal de la dictadura, los *neo-cons* de la época), incluía drásticos recortes al presupuesto estatal, privatizaciones, desregulación del mercado laboral y otras medidas que exacerbarían la precariedad de los trabajadores y aumentarían aún más la desigualdad. Esto no impidió que el presidente saliente Boric y la candidata Jara

felicitaran a Kast en nombre de la democracia: «Estoy muy orgulloso de la democracia», dijo Boric en su mensaje de felicitación a Kast, mientras que Jara declaró: «La democracia ha hablado. Deseamos a Kast éxito por el bien de Chile» (1). Para estos políticos que dicen defender a los trabajadores, lo más importante es que el sistema de la democracia burguesa – este sistema de engaño anti-proletario según el marxismo – ¡ha funcionado bien!

En 1973, el Partido Comunista, junto con otros partidos de izquierda, puso todo su empeño en desarmar al proletariado frente a la derecha y los golpistas de extrema derecha; de igual manera, hoy los ha desarmado frente a los capitalistas, allanando el camino para el regreso de la extrema derecha al poder. Desde todo punto de vista, de acuerdo con su naturaleza colaboracionista y contrarrevolucionaria, demostró ser un fiel servidor del orden burgués, un implacable oponente a la emancipación proletaria.

A finales de la década de 1980, comenzaron las negociaciones para el retorno a un gobierno civil; esto ocurrió en 1990, después de que los partidos agrupados en la Concertación Democrática (Partido Socialista, Partido Demócrata Cristiano, etc.) acordaran seguir las políticas económicas de la dictadura y no modificar su Constitución. Durante 20 años, los partidos de la Concertación encarnaron estas orientaciones, y el Partido Comunista los apoyó en las elecciones.

En octubre de 2019, Chile se vio sacudido por una verdadera explosión social, desencadenada por la decisión del gobierno del acaudalado capitalista Piñera de aumentar el precio de las tarifas del metro. Este aumento de precio, sumado a las penurias que enfrentaba la clase trabajadora, encendió el polvorín; estallaron

saqueos y manifestaciones en todo el país, a lo que el gobierno respondió con el estado de emergencia y el despliegue del ejército. La represión resultante se saldó con unas quince muertes y casi noventa heridos de bala, además de varios cientos de personas detenidas, en ocasiones torturadas y violadas; otras fuentes cifran las víctimas en 30 muertos, y 460 con heridas oculares (2).

Para frenar el movimiento, cuyas causas profundas residían en la miserable situación de la mayoría de la población, la central sindical CUT tuvo que convocar a una huelga general (que fue seguida masivamente), lo que condujo a negociaciones con el gobierno y finalmente a un acuerdo, firmado por los partidos de izquierda, «por la paz social y una nueva constitución». Esta nueva constitución, que habría permitido satisfacer las demandas proletarias, nunca vio la luz, pero las sucesivas elecciones y referendos sobre el tema sirvieron para apaciguar a las masas rebeldes con el opio electoral. La pandemia de Covid hizo el resto.

En las elecciones presidenciales posteriores, Boric, el candidato de izquierda, un ex líder estudiantil «radical» que había firmado el acuerdo que puso fin al movimiento, fue elegido contra Kast – ¡ya en la época! Su programa incluía profundas reformas sociales destinadas a establecer un «Estado Providencia», en lugar del liberalismo existente, como la reforma del sistema de pensiones, así como la promesa de reformar a fondo el cuerpo de Carabineros, responsable de numerosos abusos, castigar a los que habían cometido crímenes y abolir las leyes más represivas.

Pero el gobierno de izquierda no cumplió nada de esto, emprendiendo tímidas reformas solo para servir mejor a los empresarios y al capitalismo chileno en general. Por ejemplo, el aumento del salario mínimo a \$535 (mientras que la demanda obrera era de \$760) tuvo como contrapartida una flexibilización laboral.

Peor aún, implementó una política

(sigue en pág. 16)

Represión estatal, nacionalismos e independencia de clase

(A propósito de la «cuestión de la Cabilia»)

En el contexto de la proclamación unilateral de la «independencia de la Cabilia» por parte del MAK (Movimiento por la Autonomía de la Cabilia) (14 de diciembre de 2025), hay que recordar en primer lugar un hecho fundamental: el Estado burgués argelino nunca ha dejado de tratar cualquier protesta como un asunto policial. Alterna concesiones simbólicas y represión material. Lo hace para proteger el orden social.

En Cabilia, como en otros lugares, los opositores y militantes son encarcelados y perseguidos bajo acusaciones amplias —«atentado contra la unidad nacional», «apología del terrorismo», «atentado contra la seguridad del Estado»— que sirven para criminalizar toda oposición política y social, prohibir la organización y convertir la lucha de clases en un simple asunto penal. La represión no solo se dirige contra personas sospechosas de tener vínculos con el MAK, sino que también afecta

a activistas y simpatizantes del Hirak, sindicalistas, colectivos de solidaridad y, en general, a cualquier organización que intente existir fuera del control del Estado. También afecta a los militantes perseguidos en nombre de la «lucha contra el terrorismo» bajo otras etiquetas y se extiende a las luchas por los desaparecidos de la «década negra», aún hoy reprimidas.

El mecanismo es conocido: la etiqueta «terrorismo» funciona como una red. Permite al Estado fabricar «enemigos internos», extender la amalgama por simple decisión política y golpear a lo grande, independientemente de que exhiba o no «expedientes». Porque la justicia burguesa no es el árbitro neutral de los hechos: es una pieza del aparato del Estado, encargada de legitimar la represión.

Hay que insistir en un punto que los ataques «regionalistas» borran: la violencia del Estado no es un accidente que tiene lugar en la Cabilia, ni un

«expediente de la Cabilia». Es un modo de gobierno. Las masacres de la primavera de 2001 (más de 120 muertos) y la brutalidad ejercida durante las grandes movilizaciones de 1980 encuentran un eco directo en otras secuelas importantes: la represión de 1963 (que se centró especialmente en Cabilia), la represión que acompañó al golpe de Estado de 1965 (con violencia mortal, especialmente en Annaba) y, sobre todo, octubre de 1988 en Argel y otros lugares, donde el Estado respondió con cientos de muertos. Esta continuidad traza una línea clara: tan pronto como la protesta amenaza el orden social, la burguesía en el poder no duda en matar, encarcelar y aterrizar.

En este contexto, reducir la oposición política a un duelo «Estado contra MAK» no solo es falso, sino políticamente peligroso: alimenta la propaganda del MAK, que busca presentarse como el único adversario «real» del

Chile: Medio siglo después

(viene de la pág. 15)

represiva contra los trabajadores en huelga y los indígenas mapuche que reclamaban sus tierras, contra quienes impuso el Estado de excepción y la militarización de su territorio. En lugar de «reformar» a los Carabineros y llevar ante la justicia a los responsables de crímenes, promulgó una ley que favorecía a la policía con el pretexto de combatir la inseguridad, atribuida a la inmigración, particularmente desde Venezuela (3).

Las acciones del gobierno de izquierda inevitablemente provocaron desilusión en el proletariado, y los llamados a bloquear a la extrema derecha fueron insuficientes para convencerlos de apoyar a quienes habían traicionado sus promesas.

En cualquier país, los partidos reformistas y las organizaciones colaboracionistas afirman mejorar el capitalismo, hacerlo más social, reformarlo en beneficio de los trabajadores y las masas pobres. Ante todo, se esfuerzan por desviar al proletariado de la lucha directa, prometiendo que una victoria electoral asegurará fácilmente la satisfacción de sus demandas; condenan cualquier ruptura de la paz social, cualquier acto de violencia, cualquier acción ilegal, calificándolas como una provocación que pone en peligro la colaboración entre las clases y el sacrosanto «diálogo social» (4). Sin embargo una vez en el gobierno «olvidan» las promesas que sirvieron para desviar al proletariado de la lucha, y no realizar sino las políticas permitidas por la burguesía. Cuando han agotado sus servicios al capitalismo, regresan a la oposición, donde intentan re-

cuperar cierta legitimidad que les permite seguir difundiendo ilusiones democráticas y pacifistas.

En Chile, los partidos de izquierda han allanado así el camino para el regreso de la extrema derecha al poder. Ante los ataques que se avecinan, el proletariado tendrá que defenderse. Pero para que esta defensa tenga alguna posibilidad de éxito, deberá tomar el camino de la lucha y la organización de clase; deberá romper con los falsos amigos que, en realidad, son sus adversarios más perniciosos: los partidos y organizaciones reformistas que hace 50 años los entregaron a las masacres y a la dictadura, y que hoy los abandonan a la democracia, tan burguesa como la dictadura, con el mismo resultado: la victoria de la reacción burguesa más extrema.

No hubo necesidad de recurrir a un golpe de Estado ni a una dictadura porque las tensiones sociales no son tan altas como en 1973, el proletariado no está movilizado como entonces y no constituye una amenaza para el orden establecido. Pero tan pronto como se movilice, se enfrentará a las fuerzas represivas del Estado democrático burgués, mantenidas y perfeccionadas por el gobierno de izquierda y, de ser necesario, a la violencia desatada de una dictadura abierta como la de Pinochet.

Para evitar revivir esta experiencia, es esencial sacar las lecciones cruciales de su propia historia:

La sola vía real al socialismo, el único camino para poner fin a su miseria, a la explotación y represión capitalistas, no es nacional, sino internacional: es la vía que comienza por la organización independiente de clase, por la constitución del partido de clase armado del programa comunista

verdadero; es la vía de la lucha abierta y cotidiana contra los patronos y el Estado burgués, quien llegado el momento puede alzarse por la toma del poder y la instauración de la dictadura del proletariado; es la vía de la lucha política no ya popular sino proletaria, tampoco patriótica sino internacionalista, resuelta y abiertamente anti-capitalista, única capaz de arrastrar detrás de la clase obrera a todos los explotados y oprimidos al asalto del Estado burgués (5).

28 de diciembre de 2025

(1) <https://www.pressenza.com/es/2025/12/balotaje-chileno-elije>

(2) [kast/https://www.rfi.fr/es/20201017-las-cifras-que-dejo-un-ano-de-estallido-social-en-chile](https://www.rfi.fr/es/20201017-las-cifras-que-dejo-un-ano-de-estallido-social-en-chile).

(3) Los inmigrantes venezolanos representan más del 40% de los extranjeros; los medios de comunicación los culpan del aumento de la delincuencia, un discurso compartido por políticos tanto de derecha como de izquierda. Por ejemplo, Jara pidió una fuerte presencia militar y policial en las fronteras para defender a los chilenos... Véase Le Monde, 16/11/25.

(4) Durante el movimiento de 2019, la CUT declaró en un comunicado de prensa del 29/10: «*Condenamos con la mayor firmeza la violencia irracional generada por la actitud del gobierno, que ha permitido actos de vandalismo y delincuencia por parte de grupos minoritarios (...). Esta violencia irracional solo sirve a los poderosos para justificar la represión y la militarización del país.*

(5) Ver nuestro folleto: «1973. Golpe de Estado en Chile ¡Experiencia trágica que no debe olvidarse!»

Estado, al tiempo que borra las otras corrientes, las otras luchas y, sobre todo, la dimensión social. Sin embargo, en la Cabilia, el espacio político y social no se reduce al MAK: hay militantes del Hirak, sindicalistas, opositores de múltiples tendencias, y también partidos y corrientes (FFS, RCD, etc.) cuyas orientaciones —burguesas/pequeñoburguesas— compiten con el separatismo. El mero hecho de que estas fuerzas existan, disputen la influencia y también sufran la presión represiva basta para descartar cualquier análisis en el que «la Cabilia» se confunda con una única organización y una única línea nacionalista.

La represión no se limita a las cárceles. Se manifiesta en forma de presiones sobre los sindicatos, congelación u obstaculización de las actividades de determinadas organizaciones de la oposición, acoso judicial y endurecimiento del arsenal legal en nombre de la «lucha antiterrorista». Se acompaña de intentos de intimidación, secuestros y agresiones contra opositores de diferentes corrientes, y de presiones multifacéticas sobre las familias.

Por último, la presión traspasa las fronteras. Los opositores en el extranjero denuncian amenazas, chantajes y presiones de diversa índole, a veces a través del entorno familiar. En la misma lógica, el proyecto de ley sobre la privación de la nacionalidad debe entenderse como lo que es: un arma de guerra política. Apunta a todos los opositores peligrosos para el Estado burgués que no puede neutralizarlos cuando actúan contra él fuera de las fronteras nacionales. Es un intento de extender la represión más allá del territorio, de golpear a la oposición en el exilio y de aterrorizar por adelantado a aquellos que, en el interior, podrían levantar la cabeza.

Todo ello confirma un punto de método: no se trata de elegir entre dos «pueblos», ni entre nacionalismos rivales, sino de comprender la función del Estado burgués —central hoy, posiblemente regional mañana— y responder en el único terreno que puede unir duraderamente a los explotados: el terreno de clase.

¿Qué ha sido el Hirak, ese movimiento que ha movilizado a millones de personas contra Bouteflika y contra el «sistema»?

Hay que evitar un error fatal que, con pretexto de lucidez, acaba convirtiéndose en indiferencia: hablar del Hirak como un simple teatro de clanes, como si la movilización no hubiera sido más que un decorado. Tal postura, incluso cuando se adorna de «realismo», prepara de hecho la pasividad. Una posición de clase no desprecia los movimientos reales: por el contrario, debe reconocer su fuerza social y criticar sus límites políticos.

Pero hay que decir claramente lo que

fue el Hirak: **un movimiento interclásico**. Reunió en las calles a proletarios, desempleados, estudiantes, fracciones de la pequeña burguesía urbana, profesiones liberales e incluso segmentos de la burguesía opuestos a tal o cual facción del poder. Su consigna dominante —moralización, «Estado de derecho», «democracia», «destrucción el *stabilshment*»— permitió esta cohabitación, pero a costa de una consecuencia política: la lucha se mantuvo mayoritariamente en el terreno democrático, por lo tanto compatible con una recomposición interna de la dominación burguesa. Mientras las clases estén «reconciliadas» en un mismo discurso del «pueblo» frente al «sistema», el proletariado no aparece como una fuerza independiente; aporta el número, la energía y el coraje, mientras que las capas pequeñoburguesas aportan la ideología, las consignas, las ilusiones y, a menudo, la dirección.

El proletariado entra inevitablemente en estas luchas, porque su condición de explotado y oprimido le empuja espontáneamente a rechazar lo intolerable. Incluso cuando una lucha contra la opresión u otros males reúne a varias clases —la lucha anticolonial ayer, las luchas «democráticas» hoy— el proletariado participa necesariamente porque, como clase explotada y dominada, es la que más sufre todas las opresiones y todos los problemas sociales; por eso constituye la fuerza motriz de esta lucha. Pero si no consigue dotarse de una organización y una orientación de clase, se ve arrastrado por las orientaciones burguesas o pequeñoburguesas dominantes en un ambiente de entusiasmo o de aparente unidad, desarmado políticamente frente al Estado y sus auxiliares. **Si, en una lucha común a varias clases, los proletarios no se organizan por separado para defender sus propios intereses, se convierten en la fuerza de apoyo de otras clases; aporte la energía del movimiento, pero la dirección política y los objetivos seguirán siendo ajenos a sus necesidades históricas** y, cuando la situación se estabilice o se obtenga una «victoria» parcial, la burguesía y la pequeña burguesía se volverán contra ellos. No se trata de una deriva: es el funcionamiento normal de la sociedad capitalista.

Reconocer la realidad del Hirak no significa idealizarlo: significa comprender por qué pudo ser capturado, agotado y reprimido. Sin organización autónoma, sin órganos propios, sin programa de clase, una movilización interclásica sigue siendo manipulable. Puede servir de palanca para las rivalidades entre clanes y luego ser abandonada o aplastada cuando el Estado recupera la iniciativa.

El Hirak fue un movimiento de masas, y la Cabilia participó en él de manera sustancial. Bajo los repetidos golpes del Estado burgués —represión, detenciones, intimidación—, fue pre-

cisamente desde la Cabilia desde donde algunas fuerzas intentaron mantener la movilización y preparar su relanzamiento. Esto no demuestra la existencia de un «pueblo» homogéneo, ni la eficacia de una vía democrática: demuestra que la ira social y política era real, que buscaba puntos de apoyo y que podía —al menos potencialmente— abrir un terreno de convergencia más amplio, a condición de ser arrancada del marco interclásista y de la ideología democrática.

En este contexto, es necesario recordar que **los partidarios del MAK no participaron en el Hirak e incluso se esforzaron por desviar a los militantes cabilenses, presentando el movimiento como «pro-argelino»**. Esta orientación muestra, de manera concreta, cómo un nacionalismo regional puede desviar una movilización interregional de masas de sus posibilidades de unificación, desviando la lucha hacia un terreno identitario interclásista. Es importante que los proletarios cabilios aprendan esta lección: cualquier política que sustituya la unión detrás de una bandera por la unión en torno a reivindicaciones de clase prepara la división y facilita la represión.

También es importante desconfiar de las fórmulas periodísticas que, aparentemente descriptivas, congelan la historia en relatos nacionales. La expresión «**primavera cabilo**» funciona a menudo como un atajo. Tiende a dar una continuidad «natural» a episodios históricos diferentes y a convertirlos en capítulos de una misma historia: la de un «pueblo cabilo» en marcha hacia su Estado. Este tipo de análisis proporciona un material ideológico conveniente para transformar movilizaciones reales, dirigidas inicialmente contra la arbitriedad del Estado y contra determinaciones sociales, en supuestas etapas de un proyecto estatal.

Sin embargo, las movilizaciones de 1980 y 2001 no fueron de tipo nacionalista, expresaron, en diversos grados, una ira contra la violencia policial, contra el desprecio social, contra las injusticias de clase. **Reducirlas a una única «primavera» con el sello «cabilo»** es borrar su contenido social y su alcance potencialmente unificador con los proletarios de otras regiones.

Los hechos han demostrado que es imposible acabar con la miseria y la explotación por parte de una clase dominante de capitalistas y especuladores de todo tipo mediante gigantescas manifestaciones pacifistas semanales «contra el sistema». Los hechos han demostrado que los mecanismos democráticos no son más que un engaño: cuando las elecciones amenazan con dar resultados que no les convienen, los burgueses envían al ejército para ponerles fin. Los hechos han demos-

(sigue en pág. 18)

Represión estatal...

(viene de la pág. 17)

trado que las acciones minoritarias de tipo guerrillero y los asesinatos terroristas se utilizan para reforzar el terrorismo del Estado burgués, al que son incapaces de debilitar.

En cuanto a la «solución» de un Estado cabilíense independiente, solo serviría para desplazar el problema: sustituiría una burguesía por otra y establecería una nueva frontera dentro del mercado mundial. **Cambiar de bandera no cambia las relaciones de producción: salario, desempleo, impuestos, policía, prisiones, represión y competencia entre Estados. Un nuevo Estado, aunque nazca de un discurso «anti represivo», sigue siendo un Estado burgués: el órgano de dominación de la clase burguesa.**

El nacionalismo es el arma ideológica con la que la burguesía fabrica una comunidad ficticia —«el pueblo», «la nación»— para vincular a los explotados con los explotadores. Exige a los proletarios que hagan sacrificios en nombre de un «interés nacional» supuestamente común, cuando ese interés es el de la clase dominante: preservar la propiedad, la jerarquía social, el

Estado y el lugar de la burguesía en la competencia mundial. En Argelia, el panarabismo-islamismo de Estado sirve para disciplinar, criminalizar a la oposición y mantener la división. Pero la corriente pan-amazigh, cuando se plantea como alternativa identitaria global, sigue siendo también un nacionalismo: propone otra comunidad interclasista, otra «unidad» que mezcla a explotados y explotadores bajo una bandera cultural. Por último, el «cabilismo» lleva más allá la misma lógica al centrarse en una región: «pueblo de la Cabilia» opuesto al «pueblo argelino». En los tres casos, la palabra «pueblo» borra la línea de clase.

A estas uniones identitarias —centrales, «pan» o regionales— hay que oponer una única unión real: la unión de los explotados contra los explotadores. La unidad proletaria no se construye sobre la lengua, la sangre, el territorio o la memoria, sino sobre **los intereses materiales comunes**. Es en este terreno donde pueden unirse los proletarios de Cabilia, del resto de Argelia y de la emigración, en conexión con los proletarios de otros países

Libertad para los trabajadores y militantes encarcelados; solidaridad material con las familias; cajas de defensa y apoyo controladas por los propios trabajadores. Defender a los represi-

midos, sí; dejarse reclutar por coaliciones democráticas burguesas, no. Unificar la lucha en torno a reivindicaciones sociales comunes: salarios, precios, vivienda, desempleo, condiciones de trabajo, violencia policial.

Estos son los ejes que pueden unir sobre bases de clase a los proletarios de Cabilia, del resto de Argelia y de la emigración, poniendo fin a las divisiones identitarias.

Ayer, la revolución nacional anticolonial puso fin al colonialismo y a sus horrores, pero no abolió la explotación. Mañana, solo la revolución comunista internacional podrá poner fin al capitalismo y a sus horrores, rompiendo los Estados burgueses e instaurando sobre sus ruinas el poder internacional del proletariado. El internacionalismo no es una coalición de «pueblos». Es la lucha mundial de una misma clase contra un mismo modo de producción. Su condición política es clara: organización proletaria independiente, centralización, partido de clase internacional.

Es necesario trabajar desde hoy en esta dirección para que mañana pueda ser derrocado el capitalismo en Argelia y en todos los países.

8 de enero de 2026

En nuestro artículo **Oriente** hemos recordado lo que decían las tesis nacionales y coloniales del II Congreso. Lenín hizo un breve discurso para justificar la sustitución de la expresión movimientos **democrático-burgueses** por la de movimientos **nacional-revolucionarios** en los países atrasados. La segunda de estas expresiones designaba una insurrección indígena armada contra los ocupantes imperialistas blancos, mientras que la primera podía sugerir un bloque legalitario con fracciones de la burguesía local, imitando el parlamentarismo occidental. Toda la construcción de Lenín reposaba sobre un hecho de un peso histórico innegable, que hoy adquiere tanto mas relieve cuanto que debido al derrotismo de los stalinistas los movimientos en las colonias y las semicolonías dan al imperialismo occidental más que hacer que los de los proletarios de las metrópolis, y también debido a que regímenes terriblemente estáticos, como las teocracias y los Estados con base rural de Oriente, están hundiéndose en un estallido de guerras civiles.

El comunista hindú Roy presentó tesis suplementarias aceptadas por Lenín. La sexta de esas tesis, incontestable desde el punto de vista marxista, decía:

«Es indudable que el imperialismo extranjero que pesa sobre los pueblos de Oriente trabó su desarrollo económico y social y les impidió alcanzar el grado de desarrollo alcanzado en Europa y en América.

Gracias a la política imperialista que obstaculiza el desarrollo industrial de las colonias, hace apenas poco tiempo que ha comenzado a existir el proletariado indígena. La industria doméstica diseminada local tuvo que ceder su lugar a la industria concentrada de los países imperialistas. Así, la enorme mayoría de la población fue constreñida al trabajo agrícola, que produce las materias primas para el extranjero.

Por otra parte, se asiste a una muy rápida concentración de la propiedad de la tierra en las manos de los terratenientes, de los capitalistas y del Estado, lo que contribuye a acrecentar el número de los campesinos sin tierra (citamos este pasaje para mostrar sobre todo el vínculo existente entre cuestión agraria y cuestión nacional y colonial). La enorme mayoría de la población de esas colonias sufre una opresión terrible.

A consecuencia de esta política, el espíritu de revuelta permanece latente en las masas populares y sólo se expresa en las capas poco numerosas de las clases medias cultivadas (no olvidemos que el que nos habla es un hindú y que, al igual que los chinos, tiene tras de sí más milenios de «civilización» y de «cultura» que los que Europa puede ofrecer a América.)

La dominación extranjera traba constantemente el libre desarrollo de la vida social. Por ello, el primer paso de la revolución debe ser la eliminación de esta dominación extranjera. Por tanto, sostener la lucha por el derrocamiento de la dominación extranjera en las colonias no significa adherirse a las aspiraciones nacionales de la burguesía indígena, sino allanar la vía de la emancipación al proletariado de las colonias».

En 1920 el cuadro ya era resplandeciente. Pero hoy, la situación reinante en una gran parte de África y Asia ha alcanzado el paroxismo de la tensión. No será justamente una mueca de intelectual despectivo lo que permitirá ignorar a fuerzas en movimiento de tan formidable potencia.

«El programa comunista» N.º 36, Octubre-Diciembre de 1980 / «Programma Comunista», nº16, 23.7-24.8/1953

El combate contra la discriminación

(viene de la pág. 20)

Guerra Mundial, los inmensos beneficios que reportó la reconstrucción post-bélica permitieron a las burguesías nacionales, experimentadas con el ciclo revolucionario abierto por el fin de la Primera Guerra Mundial, poner en marcha una serie de mecanismos de amortiguación social (entre los cuales la sanidad, los subsidios a la pobreza y a la vejez, la educación, etc.) que atenuase la miseria obrera. Ayudadas por las fuerzas del oportunismo estalinista y socialdemócrata, interesadas ambas en lograr esa misma paz social, pudieron mantener durante décadas una política de colaboración entre clases (en la cual el proletariado se llevaba la peor parte, claro) que garantizó su dictadura incontestable en todos los países y un ciclo virtuoso en los negocios casi ininterrumpido durante 30 años.

Las crisis económicas sucesivas, aunque deterioraron considerablemente las condiciones de vida de los proletarios, no llegaron a romper del todo esta política de paz social garantizada: la burguesía y sus aliados supieron moderar el impacto en el sistema de garantías sociales, impusieron un *divide y vencerás* basado en otorgar un poco a algunos sectores proletarios a cambio de empobrecer a otros, etc. La gran inversión en paz social aumentó el ritmo de amortización, pero no se agotó. Todavía durante varias décadas después de la crisis de 1974 la acción combinada del oportunismo y las burguesías nacionales fue capaz de levantar un entramado jurídico, laboral, etc., que fragmentó al proletariado en miles de categorías diferentes, que exasperó las diferencias por origen, sexo, edad, etc., fragmentando con ello también su impulso a la lucha e imponiendo la política del *sálvese quien pueda* que reina desde entonces. De esta manera, la situación de los proletarios se ha ido volviendo más y más dura, pero la olla a presión que esto debería haber supuesto ha encontrado sus válvulas de escape... hasta el punto de que incluso la población ha empezado a desaparecer sin que reaparezca la lucha de clase.

En la actualidad cientos de miles de inmigrantes, que huyen del espanto de la guerra y el hambre, engrosan las filas del proletariado en Europa. Al hacerlo, cambian la fisionomía de las clases obreras locales, pero también su posición social relativa: el sistema de garantías sociales que rige para el proletariado autóctono no vale para el proletariado migrante, que no llega a percibir prácticamente nada de esas «ventajas», hoy reducidas casi a nada, con que la burguesía ha logrado mantener la paz social. Tampoco rige (aunque esto debe entenderse en términos relativos) el con-

trol asfixiante que las corrientes políticas y sindicales del oportunismo han logrado mantener sobre el proletariado. ¿Significa esto que los proletarios inmigrantes que hoy llenan los negocios de hostelería o que se ocupan en la construcción supongan la gran redención esperada por la clase proletaria internacional? En absoluto. Pero sí que su llegada a los países centrales del imperialismo añade un factor de desequilibrio y de tensión social a los ya existentes, porque con su presencia tienden a horadar las bases materiales del sistema de colaboración entre clases que se mantiene vivo en estos países. Engrosan la base proletaria más desposeída a la vez que, gracias a la compleja red jurídico legal que se ha tejido durante décadas, se colocan como una categoría más de las tantas en las que se trata de dividir a los proletarios. Y a esto se suma, como es natural, el racismo y la xenofobia abiertamente promovidos por la burguesía y la pequeña burguesía como reacción ante el miedo que les produce.

Por parte de la propaganda nacionalista y abiertamente racista, se apela a la imposibilidad de integrar a esos bárbaros, musulmanes (aunque el islam sea minoritario en una inmigración como la que se da en España), incapaces de integrarse y siempre propensos a la criminalidad.

Por parte de la propaganda «social», que parte del estalinismo clásico y sus satélites, los inmigrantes son pobres víctimas de una jugada maestra con la que se busca deprimir aún más las condiciones laborales de los proletarios nacionales.

Ambas consignas revelan la hipocresía de las clases burguesas y sus aliados, pero también la fuerza con la que aquellas están dispuestas a enfrentar a unos proletarios contra otros.

Es la propia burguesía la que crea la criminalidad, no sólo porque su sistema, levantado sobre la propiedad privada que reduce a la miseria a quien no logra vender su fuerza de trabajo, dé lugar al robo, la violencia, etc., sino porque las bandas criminales, igual que las sectas religiosas, que aparecen en el medio que genera la miseria, son su principal aliado, elementos, burgueses al fin y al cabo, con los que comerciar y a los que exigirles el control de las masas inmigrantes a cambio de algunas prebendas. Por otro lado, por supuesto que la inmigración deprime los salarios: pero esto es lo que busca la burguesía, tanto para mantener, desde el punto de vista económico, el beneficio que necesita en sus negocios, como, desde el punto de vista político, para agitar de nuevo la bandera de la colaboración entre clases, esta vez entre proletarios y burgueses nacionales contra la inmigración.

Sucesos como los de Badalona muestran cómo la burguesía utiliza todas estas maniobras -que tiene a su disposición- gracias a la colaboración que le ofrecen las corrientes anti proletarias de la izquierda socialista y estalinista. Golpeando a los inmigrantes, especialmente a los más vulnerables, trata de agitar la política nacionalista, chovinista y corporativista con el doble fin de aterrorizarles a ellos y buscar el apoyo de la clase obrera autóctona. Esa será la política de guerra entre clases que la burguesía y sus aliados piensan desplegar durante los próximos años.

Para los comunistas revolucionarios, que vemos en el incremento de la tensión social y en el debilitamiento de las condiciones políticas, sociales y económicas que han hecho posibles estas décadas de paz social, un hecho objetivamente favorable para la lucha de clase del proletariado, la única respuesta válida es la defensa de los intereses de clase tanto por parte de los proletarios inmigrantes como, y sobre todo, por parte de los proletarios autóctonos.

- ¡Contra el control de la inmigración, contra las políticas chovinistas!
- ¡Contra la discriminación y las expulsiones!
- ¡Por la libre circulación de los trabajadores migrantes!
- ¡Contra la colaboración de clases y la unidad nacional!
- ¡Por la unificación de todos los proletarios, por la defensa exclusiva de los intereses proletarios!

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Puntos de contacto

Madrid : para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid : Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pinguino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

El combate contra la discriminación y el racismo anti inmigrantes, terreno esencial de la lucha de clase proletaria

Los sucesos de Badalona, donde varios centenares de inmigrantes fueron desalojados de un antiguo colegio en el que malvivían, son el último caso de una serie de agresiones contra los inmigrantes que han tenido en los sucesos de Torre Pacheco este verano su caso más llamativo, pero no el único.

Decimos el último caso, pero realmente deberíamos hablar de uno de los primeros, porque en realidad estamos asistiendo al inicio de un periodo en el que la inmigración, principalmente la inmigración proletaria, va a estar en el centro de la diana de la propaganda nacionalista y racista que acompañará al más que previsible aumento de la tensión social que viviremos en los próximos años.

En este caso ha sido el Ayuntamiento de Badalona, con el *sheriff* Albiol a la cabeza (un personaje que siempre ha hecho bandera del racismo anti proletario como banderín de enganche electoral en su ciudad). Pero hace unos meses fueron los reiterados llamamientos a movilizarse contra centros de acogida de inmigrantes o para realizar verdaderos pogromos en Torre Pacheco. Y vendrán más situaciones similares, irremediablemente. La inmigración es una de las piedras de toque fundamentales en los países centrales del capitalismo, sobre todo en Europa y Estados Unidos. Según los datos oficiales para España, la población inmigrante supera los 9 millones de personas (de los casi 50 que conforman la población española) y crece a un ritmo de 600.000 inmigrantes anuales desde 2020; además, la población inmigrante representa el 23% de la población ocupada en España. El 90% del empleo nuevo creado desde enero de 2024 a marzo de 2025 ha sido ocupado por inmigrantes. Como dato significativo algunos sectores de actividad dependen ya completamente o en gran medida del empleo inmigrante, dándose el caso de que hasta un 72% del empleo en el servicio doméstico y hasta un 45% en la hostelería es inmigrante.

La realidad es que los flujos migratorios abiertos por la guerra y las crisis que han golpeado a los países del África subsahariana, del Magreb o de Asia Central, han llevado a millones de personas a huir de la espantosa vida que las potencias imperialistas y las burguesías locales han creado en estas regiones del mundo. Desde la crisis de 2008-2012 y los conflictos bélicos que tuvieron lugar después de la llamada *Primavera Árabe*, países como Siria, Libia o Afganistán se han sumado a los que ya eran, hasta ese momento, exportadores netos de inmigrantes, dando lugar a una

inmensa corriente humana que está trastocando la composición étnica, social y nacional tanto de los países emisores como de los receptores. Incluso se ha llegado al punto en que diferentes Estados, como Libia (en este caso, más bien, *lo que queda de Libia* después de la guerra civil), Marruecos o Turquía están convirtiéndose en estados-tapón que, en unos casos, a cambio de la financiación euro-americana, y en otros, permitiendo la proliferación de mafias esclavistas, se ocupan de impedir que todas las personas que tratan de alcanzar el «occidente civilizado» lo logren. En el capitalismo el comercio es ley y si se puede negociar con la miseria más espantosa y la muerte de millones de personas, siempre habrá emprendedores ávidos de beneficio que se encargarán de hacerlo.

Los millones de inmigrantes que han llegado en la última década, y que siguen haciéndolo, si cabe en mayor número, desde 2020, lo hacen a unos países donde el equilibrio social es cada vez más precario. De nuevo desde la crisis de 2008-2012, el malestar social ha ido en aumento. El paro a gran escala, los bajos salarios, unas condiciones de vida degradadas y, en general, un futuro muy incierto para toda la clase trabajadora de estos países, es ahora la tónica en países como España, Francia, Italia o Alemania que hace apenas veinte años presumían de haber hallado, para siempre, la senda del crecimiento económico indefinido y de la paz social garantizada. La situación en estos países no es explosiva. La clase proletaria, única capaz de llevar a cabo la lucha revolucionaria que posibilite la destrucción del mundo capitalista, parece debidamente embrizada por las fuerzas políticas y sindicales del oportunismo, viejo-estalinista o postestalinista- o nuevo-cualquier de los nuevos populismos que a izquierda y derecha llaman a la conciliación social. Pero esto no implica que la tensión social no vaya en aumento y que sus síntomas no sean visibles. Estas sociedades, como decimos, ya están muy lejos de aquellas que prometían paz y prosperidad incluso a los inmigrantes que buscaban asentarse en ellas: la distancia que media entre aquella época dorada de los 30 gloriosos de la reconstrucción post-bélica y el mundo actual es tan grande que se ha vuelto insalvable. Uno de los hechos que se pueden tomar como ejemplo para ilustrarlo es el crecimiento de la población. En un país como España, donde se alcanzan las tasas más altas de desempleo de toda el área europea, el creci-

miento vegetativo, es decir la diferencia entre los nacimientos y las defunciones, ha sido negativo durante el periodo 2014-2024, alcanzándose el dato más bajo, -132.604 habitantes, en el último año del periodo. En una sociedad capitalista plenamente desarrollada, donde el proletariado es la clase más numerosa y donde, consecuentemente, las tendencias demográficas se explican por su evolución, que a su vez depende de las posibilidades de reproducción (reposición de la mano de obra) que permite el nivel salarial, esto significa que desaparece la mano de obra nacida dentro del país. Es decir, que el salario percibido, en términos medios, no es suficiente como para que buena parte de los proletarios puedan tener hijos. Es difícil encontrar mayor evidencia del malestar, del deterioro de las condiciones de vida, que se padece en la actualidad.

De hecho, en buena medida, es la inmigración la que genera una contrata tendencia y evita que la mano de obra proletaria, disponible para ser explotada por la burguesía, desaparezca. En este sentido, la situación es evidente: ante la escasez de mano de obra que crean los bajos salarios, la propensión de estos a aumentar por falta de proletarios empleables se anula mediante la importación de trabajadores inmigrantes que contribuyen a mitigar esa escasez.

Hace dos años, el vicepresidente de la Comisión Europea e histórico militante del Partido Socialista, Miguel Borrell, definió a Europa como un vergel que había que defender frente al infierno que reinaba más allá de sus fronteras. Con esto trataba de poner su grano de arena para justificar la movilización bélica contra Rusia y el aumento del gasto en la industria militar, pero expresaba, más allá, una visión idílica de Europa que seguramente para la burguesía ha tenido algún sentido. Durante décadas, Europa y Estados Unidos se han caracterizado por albergar en su seno una especie de nuevo contrato social que mantenía la paz entre proletarios y burgueses. Después de la matanza de la Segunda

(sigue en pág. 19)

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid.

Para Italia : Ed. Int., Vía Comasina 81, 20161 Milano.

Para Francia : Programme, 15 Cours du Palais, 07000 Privas.

Para Suiza: Para contactar, escribir a la dirección de Francia.

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org